



CENTRO DE ESTUDIOS SOCIOLÓGICOS

MAESTRÍA EN CIENCIA SOCIAL CON ESPECIALIDAD EN SOCIOLOGÍA

Promoción 2016-2018

**Dimensiones analíticas del suicidio: hacia una aproximación del intento de
suicidio en la vejez**

Tesis para optar al grado de Maestra en Ciencia Social con especialidad en Sociología que
presenta:

Verónica Patricia Viveros Vázquez

Directores

Dra. Karine Tinat

Dr. Nitzan Shoshan

Lector

Dr. Roberto Blancarte

Ciudad de México, 2018

INDICE

Resumen	2
Introducción	3
Sociología del suicidio	5
Teoría social y suicidio	11
Suicidio y anomía	12
Sociología de la desviación	14
Poder, moral y suicidio	16
Agente social y suicidio	18
Suicidio y familia: un enfoque comunicacional	20
Dimensiones analíticas del suicidio en México	25
Las estadísticas	26
Salud pública/ epidemiología	27
Autopsias psicológicas	28
¿Perfil demográfico del suicida? Género y edad	31
Relaciones familiares y suicidio	34
El suicidio desde la modernidad	35
Suicidio y la muerte del otro	37
Mensajes póstumos	38
Intentos de suicidio y vejez	
Aproximaciones al tema de la vejez.....	40
Reflexiones en torno a los intentos de suicidio en la vejez.....	42
Reflexión final	49
Bibliografía	51

Resumen

El presente documento es un bosquejo respecto al tema del suicidio en el que se discuten los diferentes enfoques y posturas teóricas que constituyen la base de las investigaciones que en México se han realizado sobre el tema. Lo anterior permitirá conocer cómo se ha estudiado el suicidio, la metodología y las preguntas que esas investigaciones responden, pero también brindará las bases para justificar la pertinencia de un estudio sociológico de los intentos suicidas particularmente en la vejez, a partir del entendimiento de la dinámica social en la que se presentan. En el primer apartado se consideran las principales formulaciones que desde la sociología se han hecho al respecto a fin de conocer la relevancia del tema para la disciplina. En el segundo apartado, se hace un mapeo de los estudios sobre suicidio en México, enfoques, intereses y las dimensiones analíticas que se han utilizado para analizar el tema. Finalmente, se presenta una propuesta para estudiar las relaciones sociales que establecen los ancianos a fin de conocer cómo a través del acto suicida (intento) se posicionan en la sociedad.

Introducción

Los medios de comunicación han desempeñado un importante rol no solo para difundir el suicidio como un performance que da contenido a la nota roja, sino que también permiten observar y analizar qué dice el suicidio de una sociedad como la mexicana. Desde hace algunos años, el interés por la prevención del suicidio ha marcado la agenda de los estudiosos del fenómeno. Conocer sus causas para crear modelos de intervención son los principales desafíos que llevan a especialistas de distintas áreas a estudiar el fenómeno. El objetivo de este documento es presentar la literatura que hay sobre el suicidio para conocer los diversos argumentos al respecto y desde dónde se ha estudiado; asimismo se esbozan las discusiones que desde la sociología se han tenido al respecto y finalmente el planteamiento de la pregunta específica sobre los intentos suicidas en el campo de la vejez. El esfuerzo por realizar una revisión de la literatura sobre el suicidio en general más que de los intentos suicidas en particular, se debe a que aquí concebiré a estos últimos como parte del fenómeno del suicidio, es decir, la literatura sobre el suicidio proporcionará herramientas para tener un acercamiento al fenómeno general, derivado de lo cual se podrán plantear hipótesis respecto a los intentos de suicidio.

Para ello, el documento se articula en dos partes principales: en la primera, se hace un recorrido por las discusiones que históricamente se han formulado para la construcción de una sociología del suicidio, los cuales van desde divergencias en cuanto a la metodología hasta las discusiones de la prevalencia de la dicotomía individuo y sociedad.

En la segunda parte, se presenta la literatura que conforma el estado de la cuestión del suicidio en el contexto mexicano a fin de conocer las diferentes posturas, intereses y metodologías que se utilizan en el país para el estudio del suicidio.

Al final de este recorrido, se formula de manera general la importancia del estudio de un tipo de fenómeno en particular: el intento suicida. Derivado de la revisión de la literatura antes mencionada, se busca plantear la relevancia de estudiar las relaciones sociales que establecen los ancianos a fin de conocer cómo a través del suicidio (consumado o intento), los ancianos proyectan cómo se posicionan en la sociedad. Para ello la siguiente pregunta

es fundamental ¿qué puede aportar un enfoque sociológico relacional al estudio del fenómeno del suicidio en el campo de la vejez?. Asimismo, se hace una reflexión desde la sociología figuracional para poner en dialogo la teoría sociológica, el suicidio y la vejez.

I. Sociología del suicidio

El presente apartado tiene como objetivo plantear de manera general las formas en las que se ha ido construyendo una sociología del suicidio, haciendo un recorrido de los estudios que desde la disciplina han contribuido a los debates sobre el tema.

El suicidio como objeto de estudio de la sociología ha sido tradicionalmente tratado con un enfoque resultado de las categorías que Durkheim construyera en *El Suicidio (1897)*. Esta es una obra que se ha tomado como parteaguas en los estudios que desde la sociología pretenden entenderlo como fenómeno social. A partir de indicadores estadísticos, el sociólogo planteó su teoría según la cual existen dos fuerzas que propician que en ciertas regiones los sujetos sean más proclives al suicidio, éstas son las fuerzas de integración o cohesión y las fuerzas de regulación de las sociedades. Durkheim planteó cómo las emociones negativas de los individuos y los grupos fueron producidas durante periodos de cambio social brusco que propiciaron que ciertos grupos y sociedades tuvieran las condiciones sociales que hacían a sus integrantes más proclives al suicidio. Para ello formuló una clasificación de los suicidios de acuerdo con el grado de integración a la sociedad y las fuerzas de regulación en la misma, resultando cuatro tipos de suicidio: altruista, anómico, egoísta y fatalista.

El estudio durkhemiano del suicidio ha dotado de elementos y herramientas metodológicas a gran parte de los estudios sociológicos de cualquier otro fenómeno social; en este sentido, una de las principales observaciones de autores como Maxwell Atkinson (1978) apuntan a que *El suicidio* es más un intento de demostrar que los postulados durkhemianos eran apropiados para el análisis de los fenómenos sociales, que un estudio sobre el acto del suicidio como problema de investigación. La crítica recae en el hecho de que *El suicidio* representa la síntesis más explícita de los principios establecidos por Durkheim sobre la naturaleza de la sociología.

El suicidio representa en sí una metodología, al respecto, Gibbs (1968) concluyó que si Durkheim hubiera investigado el tartamudeo en lugar del suicidio, entonces los sociólogos hubieran seguido su ejemplo con el mismo interés que siguen el suicidio; así Gibbs piensa

que lo que fascina a los sociólogos no es en sí el fenómeno que los miembros de una sociedad llaman suicidio, sino la metodología y la comprobación de los postulados anteriormente plasmados por el autor en *Las Reglas del Método Sociológico*. Así, Durkheim apela a que las condiciones sociales necesarias para que suceda un fenómeno como el suicidio son las formas de las asociaciones en las que se encuentran involucrados los individuos, o sea cómo se agrupan y sus formas de solidaridad.

En 1930, Maurice Halbwachs publicó *Les causes du suicide*, en donde retoma las ideas de su maestro Durkheim para reformularlas incluyendo la noción de espacio-tiempo y el concepto *genre de vie*, al que define como el conjunto de costumbres, creencias y maneras de ser que resulta de las ocupaciones habituales de los hombres y de sus modos de establecerse. Halbwachs dota de una relevancia particular al *genre de vie*, pues considera clave para entender el aumento de las tasas de suicidio el paso del género de vida rural al urbano dado que significa un rompimiento de las formas de concebir y entender aspectos como la religión, el trabajo, las relaciones interpersonales y las costumbres. A diferencia de Durkheim, su alumno tuvo mayor interés en precisar los límites del conocimiento estadístico y el cuidado de la recolección de datos. (Gil Gimeno, 2008).

Otros estudios han utilizado algunas variantes de los aspectos teóricos y metodológicos utilizados para la comprensión del suicidio en la sociología, por ejemplo, los estudios derivados de la sociología urbana de la Escuela de Chicago en la primera mitad del siglo XIX por autores como Cavan (*The Suicide Problem in the United States*; 1928) y Porterfield (*Suicide and Crime in the Social Structure of an Urban Setting: Fort Worth, 1930-1950*) hicieron uso de las estadísticas de las tasas de suicidio y de la geografía de las comunidades para conocer cómo los individuos que ahí habitaban concebían el suicidio y cómo fueron afectados por sus entornos en los que lo urbano predominaba; aunado a ello, estos autores postulaban la idea de que los desajustes a los que los individuos se veían enfrentados eran las causas de tomar la decisión de quitarse la vida por propia mano, lo cual analizaban mediante el estudio de casos individuales a partir del análisis de historias de vida, en donde buscaban dichos desajustes, es decir las demandas individuales ante las características de los cambios sociales. Autores como Cavan y Porterfield otorgaron la prioridad de sus

estudios a conocer las causas individuales del suicidio, enfatizando en el papel de la subjetividad y el significado. Posterior a estos estudios, la sociología del suicidio ha experimentado una proliferación de investigaciones conformadas por grandes cantidades de indicadores que buscan explicar las causas individuales del suicidio.

A partir de la segunda mitad del siglo XX, los trabajos planteados desde un análisis más próximo a la criminología tuvieron un auge derivado del uso de términos y conceptos psicoanalíticos. En este tipo de investigaciones se postula que suicidio y homicidio son dos partes opuestas de un mismo suceso relativo a la violencia y a la agresión al que solo se puede tener acceso por medio de un entrelazamiento de la sociología con conceptos psicológicos que llaman a entender los procesos internos del individuo en los que la violencia es producto de aspectos individuales de frustración y agresión y de acuerdo con las cuales hay dos vías de respuesta: la violencia dirigida hacia dentro del propio individuo y la dirigida hacia afuera; la primera conduce al suicidio mientras que la segunda produce homicidio, de ahí que los psicoanalistas postulen que el suicidio es un tipo de homicidio y viceversa. En este punto tenemos los trabajos pioneros de Andrew Henry y James Short, quienes en 1954 publicaron el libro *Suicide and Homicide*; ellos concluyeron que los grupos de menor estatus social eran proclives a culpar a los otros de sus problemas, por lo que sus tasas de homicidio eran altas; por el contrario, los grupos de mayor estatus social se culpan a sí mismos de sus problemas y frustraciones, por lo que sus tasas de homicidio son menores pero sus tasas de suicidio son mayores. Estas conclusiones fueron criticadas por considerar que la replicabilidad de sus postulados no era posible pues se había considerado solo a los sentimientos de culpa y una básica estructuración social como determinantes del suicidio.

Posteriormente, otros estudios enfatizaron en conferir las causas del suicidio al conflicto no de la cohesión y de la regulación como lo había hecho Durkheim, sino al conflicto entre los roles sociales referidos a un índice de agregación constituido por indicadores de edad, ocupación, estado civil y sexo. En este caso, autores como Gibbs y Martin (1964) criticaban los resultados del trabajo de Durkheim al considerar que sus indicadores no podían ser observables y por lo tanto comprobables empíricamente en la realidad; ellos, por su parte optaron por la noción de *status integration* con el que proponían que la construcción del

índice antes mencionado era comprobable al confirmar que en las situaciones en donde los individuos experimentaban problemas relacionados con el conflicto por los roles que desempeñaban en sus grupos, las tasas de suicidio aumentaban.

Los cuestionamientos sobre la validez y confiabilidad de las estadísticas con las que se trataba el estudio del suicidio desde la sociología, fueron encabezados por Douglas, en su obra *The social meanings of suicide* (1967) donde argumentó que las investigaciones sociológicas sobre el suicidio hasta entonces realizadas solo replicaban los postulados durkhemianos, por lo que estos eran sesgados y superficiales dado que los datos estadísticos que utilizaban para el análisis eran inadecuados para los fines teóricos que planteaban: “se supone que las estadísticas oficiales representan una cosa cuando en realidad representan muchas cosas, o más bien, son producto de muchos procesos sociales complicados”; por ejemplo, Douglas argumentaba que dichas investigaciones no consideraban como parte de su análisis las variaciones de las definiciones de suicidio entre los médicos forenses encargados de determinarlo. A consecuencia de esta postura, el autor y sus seguidores rechazaron el uso de enfoques cuantitativos en la investigación sobre el suicidio dada la falta de confiabilidad de las estadísticas oficiales.

Otro aporte para la sociología del suicidio fue el que planteó Maxwell Atkinson (1978). El autor realizó un estudio desde el enfoque de la etnometodología, con el que buscaba explicar el problema de la categorización del suicidio por parte de los médicos forenses. La preocupación básica del autor de *Discovering suicide* fue conocer la dependencia que había entre las tasas de suicidio oficiales y el razonamiento del sentido común que utilizaban los médicos forenses para emitir un diagnóstico de muerte por suicidio¹. En su estudio, Atkinson se interesó por la naturaleza y validez de los datos oficiales a partir de los cuales se analizaba el fenómeno del suicidio y cuestionaba la relación que había en ese tiempo entre la sociología y el suicidio como “la fascinación por la distancia” en referencia a la tradición positivista para abordar dicho fenómeno. El autor menciona que hubo una

¹ Stefan Timmermans (2005) realizó un estudio desde la sociología de las profesiones; a partir de herramientas etnográficas, el autor observó un subregistro de suicidios resultado de que los médicos los clasifican y registran de acuerdo con un historial clínico de intentos previos y patologías; pues un falso negativo desafiaría su autoridad como médico forense.

transición de ese tipo de estudios durkhemianos hacia el interaccionismo que concebía al suicidio como ejemplo de aplicación de la sociología de la desviación. Sin embargo, la preocupación de Atkinson era conocer cómo los médicos forenses caracterizaban una muerte por suicidio; para responder esta cuestión, el sociólogo propuso un modelo desde la etnometodología guiado por investigación empírica, llegando a la conclusión de que los médicos forenses aplican el sentido común o dan por hecho situaciones y “señales” para determinar si una muerte fue a causa de suicidio o no.²

Ben Fincham *et. al.* (2011), señalan que desde la década de los 80, ha habido cerca de 30,000 estudios sobre el suicidio, de los cuales, solo 400 pueden catalogarse como sociológicos. De esos, cerca del 3% corresponden a estudios de corte cualitativo, mientras que el resto usa enfoques cuantitativos. Los autores consideran que esta situación se debe por una parte a la tradición sociológica durkhemiana, y por otra a la fuerte tradición que el enfoque cuantitativo tiene en la sociología estadounidense. En las últimas dos décadas, el debate en ese país ha sido presidido por los sociólogos Steven Stack y David Lester (2010), este último argumenta, que los estudios cualitativos del suicidio llevan a la explicación de por qué un individuo en particular se suicida, sin embargo, no pueden encontrar predictores significativos sobre el fenómeno.

En la actualidad, el suicidio continúa siendo un tema de investigación de interés para los sociólogos.

En el 2011 se publicó la obra *Understanding suicide: a sociological autopsy*; la cual constituye una nueva forma de abordar el estudio del suicidio; la variedad de campos de estudio de los que provienen sus cuatro autores es una señal de que el libro es una propuesta que toma en cuenta los planteamientos de la sociología (Ben Fincham), la criminología (Michael Shiner), el trabajo social (Jonathan Scourfield) y la antropología de la salud (Susanne Langer). En este sentido, los autores hacen una propuesta metodológica que

² En 1967 Garfinkel publicó *Essays in Self-Destruction*, en donde a partir de su estancia en el Centro para la Prevención del Suicidio de los Ángeles, analizó cómo los miembros del Centro realizaban procedimientos prácticos y cotidianos para lograr la explicación racional de las muertes por suicidio a partir de clasificación y observando fotografías de los cuerpos y documentos que avalaban en lo cotidiano el dictamen.

busca “revitalizar” la investigación sociológica del suicidio por medio de la integración de datos cuantitativos y cualitativos. Los autores advierten que su propuesta de “autopsia sociológica”³ navega entre los paradigmas del objetivismo y del constructivismo. Para su estudio recabaron 100 expedientes de casos de suicidios en una oficina forense de Inglaterra a fin de hacer uso de recursos etnográficos para el estudio de documentos, en este caso, analizan reportes médicos, notas suicidas y las declaraciones de los testigos, contenidas en los expedientes. Lo anterior como base empírica para demostrar su hipótesis de acuerdo con la cual el suicidio, sus significados y motivaciones asociados están estructurados por relaciones sociales inscritas en su curso de vida.

Por otra parte, en España, Javier Gil Gimeno recuperó los planteamientos Durkhemianos para construir su libro *Suicidio: Matar o morir* (2012). En él, el sociólogo traza la idea del suicidio como parte de un problema enmarcado en la modernidad y los debates sobre la elección de la muerte voluntaria como valor cultural.

Si nos preguntamos cuál es el estado actual de la sociología del suicidio, tenemos necesariamente que referir a que hoy en día, los estudios sobre el tema que se pueden leer principalmente en artículos como los de Rockett, Lester y Stack, muestran la preocupación interdisciplinaria de los estudiosos del tema. Los cambios de paradigmas en cuanto a las formas de acercarse y conocer un fenómeno, llevan a la dificultad de encontrar estudios propios de la sociología, a cambio, es común que los artículos académicos presuman de la multidisciplinaria en donde en aparente conjunto, especialistas de diversas disciplinas escriben un mismo artículo. Lo que podría ser considerado como una virtud de los estudios actuales, esto es, tener diferentes miradas de un mismo fenómeno, se puede también convertir en un estudio que responda a demandas más políticas que sociológicas dado el “desdibujamiento” de las fronteras disciplinares. En este caso, conocer los puntos de vista de otras disciplinas debe implicar para un estudio sobre el suicidio, ponderar el problema como un problema sociológico, pues los objetivos, las unidades de análisis y en sí, los

³ Con este concepto que contiene el análisis de documentos, los autores recurren al método de la autopsia psicológica utilizada por médicos y psicólogos en los estudios sobre mortalidad y salud pública.

problemas, son diferentes por ejemplo para la psicología, la neurobiología, la demografía, etcétera.

En este mapeo de lo que se nombra como sociología del suicidio, podemos ver que el estudio de Durkheim es una especie de ángulo que lleva o bien a criticarlo o de lo contrario a utilizarlo como base de estudio. En este sentido, se observan también dos campos problemáticos: por una parte, tenemos las posturas sociológicas que pretenden explicar y comprender el fenómeno del suicidio y por otra, estudios que buscan describir los trabajos clásicos pero que en realidad la mayoría no proponen nuevas formas de estudiar sociológicamente el fenómeno.

Teoría social y suicidio

Más allá de los campos descriptivos a partir de los cuales se ha ido construyendo esa cada vez más aparente sociología del suicidio, en la disciplina hay grandes teorías que pudieran resultar interesantes para llegar a la explicación del suicidio. En este sentido, a continuación, se exponen cinco planteamientos de teorías que, aunque no trataron específicamente el tema del suicidio, sus conceptos, planteamientos o metodología podrían dar cuenta de él. En primer lugar, se plantean los postulados de la teoría de la anomía que desarrolló Robert K. Merton, a fin de conocer su pertinencia para el estudio del suicidio y qué variaciones y aportes daría a la noción de anomía de Durkheim. En segundo lugar y partiendo de la noción de la desviación, se presentan algunas aproximaciones a la teoría del etiquetamiento y la desviación de Becker, con la idea de pensar cómo se ha concebido al suicidio como un acto desviado a partir de la respuesta que los otros tienen respecto a esa conducta. Siguiendo este planteamiento del suicidio y mirada del otro, es decir, el poder, en tercer lugar, se presentan los aportes que Foucault hace respecto al tema, considerando la noción de biopoder. En cuarto lugar, se reflexiona en torno a la noción de agencia y su aplicabilidad en el campo del suicidio. Finalmente, se hace una propuesta de cómo se podría estudiar el suicidio y las relaciones familiares a partir de los postulados de la Teoría de la Comunicación Humana.

Suicidio y anomía

Una forma de plantear el suicidio como problema sociológico es la que se considera desde el punto de vista de la anomía. Doctorado en Harvard y bajo la influencia de Sorokin y Parsons, Robert K. Merton teorizó respecto al concepto de anomía para proponer teorías de alcance medio que dieran explicación a las conductas desviadas.

Merton se preocupó por estudiar la estructura social y cultural en las que se inscriben metas culturales⁴ y medios institucionalizados que dan lugar a formas de adaptación por parte de los individuos. A partir de estos dos ejes, construyó una tipología de los modos de adaptación a partir de la pregunta “¿cuáles son, en suma, las consecuencias de la conducta de individuos situados en puestos diversos en la estructura social de una cultura en que la importancia de las metas-éxito predominantes se ha alejado cada vez más de una importancia equivalente de los procedimientos institucionalizados para alcanzar aquellas metas?”

Los modos de adaptación clasificados por Merton son: 1. Conformidad, 2. Innovación, 3. Ritualismo, 4. Retraimiento y 5. Rebelión.

Merton señala que el hecho de que los objetivos y los medios de la estructura social no se coordinen, lleva a la anomia, definida como “la quiebra de la estructura cultural, que tiene lugar en particular cuando hay una disyunción aguda entre las normas y los objetivos culturales y las capacidades socialmente estructuradas de los individuos del grupo para obrar de acuerdo con aquellos” (Merton, 2013: 241).

A partir de estos conceptos la cuestión es, hasta qué punto podemos pensar en el suicidio como anomia en la que los suicidas estarían cerca de lo que Merton clasificó como el Retraimiento. Este es el menos común de los modos de adaptación, aquellos que no tienen interés por las metas culturales y cuya conducta tampoco se ajusta a las normas institucionales. Este tipo de adaptación es producto de la asimilación tanto de las prácticas como de las normas culturales y sociales, sin embargo, los medios institucionales a los que

⁴ Los objetivos o metas culturales refieren a los propósitos culturalmente definidos y sustentados como legítimos por la sociedad. (Merton, 2013: 210).

tiene acceso no llevan al éxito; por eso el suicidio podría considerarse como esa última instancia para “escapar de las exigencias de la sociedad”.

Merton recupera de Durkheim el concepto de anomia, pero lo extendió al considerar que el uso de estadísticas oficiales obligó al sociólogo francés a plantear medidas de la anomía “toscas, indirectas y provisionales como la situación ocupacional, la situación marital y la desintegración familiar” no son construidas por sociólogos sino por “agencias de la sociedad”. En contraparte retoma una escala de anomia planteada por Leo Srole, de acuerdo con la cual Merton señala que se puede comenzar a estandarizar una medida de la anomia de acuerdo a como la perciben y la viven los individuos de un grupo social; a continuación, citó dicha escala:

“1) la percepción de que los líderes de la comunidad son indiferentes a las necesidades de uno; 2) la percepción de que es poco lo que puede lograrse en la sociedad que sea fundamentalmente imprevisible y carente de orden; 3) la percepción de que los objetivos de la vida se alejan en vez de realizarse; 4) una sensación de futilidad; y 5) el convencimiento de que uno no puede contar con socios o compañeros personales para tener apoyo social y psicológico” (Merton, 2013: 244).

Considerado como un sociólogo estructural funcionalista; Merton desempolva la noción de anomia que Durkheim había introducido en la sociología a fin de conformar una parte de su teoría de la desviación, enfatizando en la idea de la “transgresión” a la norma como producto de la presión que ejerce la estructura social y cultural sobre los individuos. De hecho, el concepto de anomia solo será útil en tanto se utilice con los conceptos mertonianos de estructura social y cultural. La primera refiere al conjunto de relaciones sociales que entretienen los individuos en sus grupos; mientras que la segunda refiere al conjunto de valores que rigen la conducta de los individuos de una sociedad.

Darse la muerte por mano propia resulta del rompimiento de las normas culturales y sociales; el suicidio, desde esta postura, da cabida a analizarlo como el rompimiento de las estructuras sociales en tanto a las culturales.

Sociología de la desviación

En un sentido contrario a la teoría de la anomía de Merton que tuvo su auge en los años 50, desde la Escuela de Chicago surgió una teoría de la desviación y del etiquetamiento que constituyó una nueva forma de tratar la acción desviada. Howard Becker es un sociólogo referente en las investigaciones sobre la desviación. Sus estudios anclados en la tradición de la Escuela de Chicago y teniendo como referentes a sus profesores Everett Hughes y Herbert Blumer, quienes, cercanos a la psicología social impulsaron las investigaciones sociológicas a partir de perspectivas empíricas y cualitativas a niveles interaccionales.

A diferencia de los postulados positivistas de la anomía, Becker propuso una teoría que se centró no en “el desviado” como atribuyéndole características individuales que los llevaban a realizar una conducta desviada, sino que apostó por cuestionar quién y cómo se adjudica la etiqueta de “desviado” de acuerdo con las normas de un grupo. Becker apuesta por devolver “a la investigación sociológica a los carriles correctos”, en donde los investigadores tomen en cuenta las acciones de todos. De esta manera construyó la importancia de la etiqueta de “desviado”, con la que “redirige la atención a un problema más general que la pregunta de quién cometió un delito”.

En su obra *Outsiders* (2014), Howard Becker plantea los principios de su teoría de la desviación y del etiquetado en la que retoma una cita sobre el suicidio acontecido en las islas Trobiand que relata Malinowski⁵ para ejemplificar la respuesta de los otros hacia el desviado y cómo esta mirada produce en sí, la calificación de desviado.

En una crítica a las teorías sociológicas clásicas y los estudios de los profesionales relacionados con la justicia quienes se preguntan “¿por qué la gente que hemos identificado como delincuentes hace aquello que definimos como delito?”, Becker acusa que, al aceptar esa pregunta, muchos sociólogos han confiado sin ningún tipo de reflexión en las estadísticas que las instituciones proporcionan para comprender el delito. Dados los

⁵ El antropólogo polaco, Bronislaw Malinowski en *Crimen y costumbre en la sociedad salvaje*, relata un suicidio como una consecuencia del rompimiento de un tabú comunitario que es denunciado por otra persona; el suicidio mismo tiene efectos entre los grupos involucrados y deja ver la complejidad y el conflicto propio de toda población.

antecedentes planteados en el rubro de la sociología del suicidio, es muy claro que algunos estudios han dedicado sus trabajos a cuestionar el origen y la utilidad de las estadísticas en la definición de un problema sociológico, sin embargo, no hay propuestas contundentes que propongan una alternativa para la explicación del suicidio como fenómeno social. Más allá de la crítica al uso y recolección de información, Becker propone una teoría que tiene entre otros ejes, la máxima de William Thomas: “las situaciones que los hombres definen como reales tienen consecuencias reales” (Becker, 2014: 16) para reflexionar en torno a quién determina que un comportamiento es un delito o no, además de decidir las consecuencias. Hablar de la desviación implica cuestionar no el acto considerado desviado sino poner particular énfasis en conocer cómo opera el proceso mediante el cual se definen las reglas, lo “bueno” y lo “malo” para conocer cómo un comportamiento llega a ser considerado incorrecto por la mayoría.

El análisis interaccionista de la desviación que propone Howard Becker puede llevar a un planteamiento del estudio del suicidio como un comportamiento moralmente condenado por la sociedad, dadas las condiciones en las que el tema se siga presentando como tabú en la sociedad contemporánea. Los retos que esto implicaría irían desde las críticas a los problemas morales que a pesar de cualquier investigación sociológica pudiera tener, cuando se involucra el tema de la muerte, está se pone en el centro de la crítica a la investigación. Otro de los desafíos sería que una investigación de este tipo se preste a críticas que lo acusen de una apología del suicidio.

En la introducción de *Outsiders*, Becker advierte que “en todas partes la gente que se involucra en una acción colectiva define aquello que es “malo” y que no debe hacerse, y en general da los pasos necesarios para evitar que se realice ese tipo de acciones”. En este sentido, a continuación se exponen algunos principios sobre el tema del poder y la moral desde el enfoque filosófico de Foucault y su postura ante el tema del suicidio.

Poder, moral y suicidio

Analizar el problema del suicidio desde una perspectiva foucaultiana no es una tarea nueva pues María Aurora Romero y Juan Pablo Gonnet (2013), realizaron un importante esfuerzo por poner a dialogar a Foucault con Durkheim en relación al suicidio. Al respecto, los autores plantean que “Foucault buscará pensar la muerte, y ya no la vida, como aquello que podría guiar nuestras prácticas cotidianas de una manera constante y voluntariosa. Foucault postula la posibilidad de pensar, a través de su defensa del suicidio, en una potencialidad de placer y resistencia a los mecanismos de poder sobre la vida.” (Romero y Gonnet, 2013: 591). De esta forma, Foucault pone en tela de juicio la imagen del suicidio como desgracia y lo concibe como la contradicción a un orden moral.

La relación del suicidio con el poder toma fuerza con las tesis de Foucault respecto al tema de la moral. Lo patológico se construye a partir de la noción de lo normal, es decir, lo patológico en una sociedad será aquello que vaya en contra del orden moral. De ahí proviene una concepción diferente sobre el estudio del suicidio dado que Durkheim y luego Merton habían planteado el tema del suicidio como producto de la anomía, la cual constituía una especie de patología moderna de la sociedad; contrario al análisis foucaultiano que ve en el suicidio, la consecuencia de un modo de poder social.

“Durkheim y los psicólogos americanos han hecho de la desviación y del alejamiento de la media, la naturaleza misma de la enfermedad por efecto de una ilusión cultural que les es común: nuestra sociedad no quiere reconocerse en ese enfermo que ella encierra y aparta [...]. Los análisis de nuestros psicólogos y de nuestros sociólogos, que hacen del enfermo un desviado y que buscan el origen de lo morboso en lo anormal son, ante todo, una proyección de temas culturales” (Foucault en, Romero y Gonnet, 2013).

En la *Historia de la sexualidad*, Foucault problematiza que, durante mucho tiempo el derecho de la vida y muerte era un derecho del soberano, que en realidad refiere al “derecho de hacer morir o dejar vivir”, es decir, como derivado del poder que se tiene sobre la posesión y apropiación. Posteriormente, se pasó al poder de administrar la vida, multiplicarla a través de regulaciones generales y controles de biopoder. Analizar el suicidio

desde el enfoque propuesto por Foucault es también pensar por ejemplo en el proceso burocrático que se lleva a cabo para “atender el suicidio”; el Ministerio Público es la autoridad encargada de hacer las diligencias para conformar un expediente que constate el hecho como suicidio y no como homicidio, no como delito; Foucault menciona que antaño el suicidio era considerado como un crimen dado que atentaba contra el poder soberano de dar la muerte “era una manera de usurpar el derecho que solo el soberano, el de aquí abajo o el del más allá, podía ejercer” (Foucault, 1976: 129).

De esta manera, el autor introduce su concepto de biopolítica de la población que surge justamente de los procesos de intervención mediante *controles reguladores* del cuerpo que sirve “de soporte a los procesos biológicos: la proliferación, los nacimientos y la mortalidad, el nivel de salud, la duración de la vida y la longevidad, con todas las condiciones que pueden hacerlos variar” (*Ibid*: 129). Esto marca el inicio del biopoder, en donde tanto los procesos vitales como el cuerpo son centro de la política y por tanto son tratados por el Estado, de ahí el surgimiento de disciplinas con tendencias demográficas que buscan administrar los cuerpos y gestionar las vidas. La crítica que Foucault hace a las instituciones disciplinadoras como la escuela, el ejército y las instituciones psiquiátricas parte de esta misma noción de biopoder, el poder integrado en las instituciones de manera ya no represiva sino permisiva dadas las condiciones de las nociones de verdad y poder, representan y definen lo que es “normal” o no.

En este sentido, Liliana Mondragón (2014) indica que “el paternalismo, que empezó representando el poder soberano, ahora justifica la anulación de la autonomía o decisiones de un sujeto mediante actos benéficos. Pero los actos “benéficos”, o calificar a la beneficencia como el acto de considerar los mejores intereses del paciente, aunque éstos difieran de los del enfermo, también se sustenta en criterios limitados que restringen la libertad de una persona, sobre todo cuando dichos criterios tienen que ver con prejuicios personales, intolerancia o discriminación”. La idea de tratar al suicida con la categoría de enfermo mental es también la idea de “procurar el bien” no solo para el sujeto, sino para la sociedad en general. “Los sujetos suicidas se rebelan contra las acciones que han apuntado hacia ellos mismos desde su nacimiento hasta su muerte, y que bajo el derecho y posesión

del saber han normado su forma de ser, su forma de desear por los otros, con las cosas que se deben o no hacer en conductas normales, amén de la homogenización. Por eso, no es de extrañar que el intento de suicidio haya sido acogido dentro de la institución psiquiátrica". (Mondragón, 2014).

Siguiendo estos planteamientos que desde el pensamiento de Foucault nos llevan a reflexionar en torno a la noción de autonomía del sujeto suicida, en el apartado que sigue se introduce al tema de la agencia y el suicidio con estudios que han utilizado este binomio.

Agente social y suicidio

En su propuesta sobre el uso de la autopsia sociológica para comprender el suicidio, Ben Fincham, *et al.*, introducen el tema de la agencia desde autores como Giddens y particularmente, llevan a Bourdieu a la discusión sobre los problemas de medición y definición del suicidio. Al respecto, los autores mencionan lo siguiente: "se puede decir que el suicidio ocurre cuando alguien voluntariamente se quita la vida, pero aquí hay algunas áreas grises involucradas. Si alguien ingresa en el hospital por haber tomado una sobredosis y muere por una infección secundaria, o si alguien salta a la muerte desde un edificio bajo la creencia delirante de que puede volar, ¿se puede decir que se suicidó?" (Fincham, *et al.* 2012). La sociología de la práctica y de los campos de Bourdieu, puede entonces, ayudarnos a reflexionar en torno al suicidio partiendo de la idea de que las estructuras sociales están constituidas por la agencia humana, al tiempo que proporcionan el medio a través del cual se constituye la sociedad.

El pensamiento relacional propuesto por Bourdieu pone al *habitus* en la centralidad de sus discusiones. El agente social es portador de estructuras sociales incorporadas, pero ese "condicionamiento" es maleable al punto que el agente tiene la capacidad de la creatividad dependiendo de la situación particular en la que se encuentre. En este sentido, podemos plantear la posibilidad del estudiar el suicidio como una práctica incorporada con respecto a las condiciones del suicida, es decir como una disposición que el agente tiene incorporada y la cual se tendría que estudiar desde la historia de vida, cargada de la estructura del grupo,

ya sea familiar, escolar, social como una práctica que se ha convertido en una opción dentro de la sociedad.

La noción de campo de Bourdieu como sistema de posiciones de los agentes sociales, podría ser el parteaguas para pensar en el tema del suicidio. Y es que, para estar y permanecer en esas posiciones, los agentes usan estrategias que dependen de su habitus. Es decir, las estrategias de reproducción que imperan en los campos explican la permanencia de las estructuras sociales. Entendiendo que dichas estrategias solo tienen sentido de acuerdo a la posición de los agentes en el campo, se da lugar a luchas entre agentes de diferentes posiciones: dominantes y dominados. Este es uno de los aspectos que la teoría de Bourdieu comparte con la de Foucault, pues el tema del poder se manifiesta en sus posturas. Bourdieu postula tres tipos de estrategias de reproducción: las de inversión biológica, las profilácticas (adopción de prácticas que promueven mantener la salud y evitar la enfermedad) y las educativas. En este sentido, se puede pensar el suicidio como una especie de contraestrategia que amenaza la reproducción no solo del campo social sino de la continuidad de la vida, pues una de las garantías de las estrategias de reproducción es justamente promover la vida y evitar la muerte, pensemos por ejemplo en los avances tecnológicos y médicos.

Al poner énfasis en la capacidad creativa del agente, la teoría de Bourdieu nos permite reflexionarlo como una posibilidad de romper con las prácticas y las condiciones estructurales; el suicida genera así una alternativa.

Finalmente, para Bourdieu la dificultad peculiar de la sociología es producir una ciencia precisa de una realidad imprecisa, confusa y borrosa. Sin embargo, las ambigüedades involucradas en el suicidio como un área gris de estudio no excluyen la posibilidad de su estudio, aunque el autor considera que presenta dificultades de definición y medición. En el documental *La sociología es un deporte de combate*, Bourdieu habla de que las causas de la violencia urbana están fuera del universo violento, o sea en la precariedad laboral, en el hecho de tener futuros inciertos, deserción escolar y en las desigualdades por el origen social; entonces reclama que los gobiernos pidan a los sociólogos la cura contra la violencia,

dirigidas como programas de prevención en los propios barrios o políticas públicas dirigidas a los mismos. En el mismo sentido, podemos hablar de la preocupación del suicidio, se busca encontrar la cura sin revisar más allá del propio universo del suicidio, en una especie de economía de la felicidad, Bourdieu critica que “hacemos mala economía, fundada en la disociación de lo económico y lo social...”. Los agentes tomamos en cuenta los costes y beneficios sociales de acuerdo con una definición dominante de felicidad que al final tendrá consecuencias para la colectividad “lo que se ahorra por un lado, se paga por otro”.

Suicidio y familia: un enfoque comunicacional

Un camino para acceder a la información que permita construir datos para el estudio del suicidio es por medio de la familia.

El origen del enfoque comunicacional o sistémico se nutre de estudios provenientes de la ingeniería de las comunicaciones y la cibernética, además de la antropología y la teoría de sistemas. Apuesta por un modelo interaccional de la comunicación humana centrado en el estudio de la interacción entre seres humanos a partir del proceso de aprendizaje por medio del cual se enseña lenguaje, reglas, modos de calibrar la información transmitida y mediante los cuales el ser humano aprende pautas complejas de interacción con las que va organizando su conducta y que no son visibles hasta que las reglas son violadas.

En este enfoque sistémico se aboga por el estudio de los efectos que tiene una conducta sobre los demás, así como las reacciones y contextos que desplazan al estudio del individuo hacia el estudio de la relación entre las partes de un sistema, mismas que solo son observables mediante el estudio de la comunicación a la que consideran como el vehículo de las manifestaciones observables, esto es, la pragmática de la comunicación humana.

Watzlawick (1974) describe “la interacción humana como un sistema de comunicación caracterizado por las propiedades de los sistemas generales” que permiten estudiar el impacto pragmático de los fenómenos comunicacionales, una ilustración de este tipo de sistemas gobernado por reglas es la familia.

La Escuela de Palo Alto concibe al grupo familiar como un todo que está interrelacionado y el cual otorga identidad a sus partes; cada una de éstas tiene funciones particulares dentro del sistema familia y cuando estas funciones se alteran, consecuentemente llevan a la desestabilización del sistema. Es decir, los conflictos surgen cuando la dinámica que se da en el sistema no establece los límites entre los diferentes subsistemas, lo que puede generar que las partes queden atrapadas en el sistema pues hay resistencias al cambio, o sea, a los patrones de comunicación. Al respecto, Jackson refiere que todas las familias que permanecen unidas deben de caracterizarse por cierta estabilidad y retroalimentación para poder soportar las tensiones que le impone el medio y los miembros individuales del sistema: “si ciertos mecanismos homeostáticos se producen habitualmente como respuesta a una desviación con respecto a las reglas familiares, entonces constituyen un patrón de orden superior caracterizado por el romper y restaurar un patrón a lo largo de unidades de tiempo más largas. Aplicando este modelo a la vida familiar, o a pautas sociales amplias tales como la vigilancia del cumplimiento de la ley, sugerimos que existe una calibración de la conducta habitual o aceptable, las reglas de una familia o las leyes de una sociedad, dentro de los cuales suelen funcionar los individuos o los grupos”. (Jackson en, Watzlawick, *et. al.*, 1974: 138)

La relevancia de hacer uso de la teoría comunicacional de la escuela de Palo Alto consiste en que puede ayudar a estudiar al suicida o a quien intenta suicidarse como un analizador que dará cuenta de la dinámica familiar en donde él funge como “el chivo expiatorio”, siguiendo la hipótesis de que en el sistema familiar del suicida hay un campo de inescapabilidad en donde la comunicación se ha vuelto rígida y sin cambios ni posibilidades de ésta, por ello es que el sujeto suicida busca salir de esa dinámica comunicacional ambigua a partir de su acto o por lo menos, otorga con ello la posibilidad del cambio en el sistema familiar.

La teoría sistémica estudia al sujeto como parte de un todo integral que establece transacciones comunicativas que explican la naturaleza de los vínculos y, sobre todo, el papel del “chivo emisario” que, desde su condición estigmatizante, otorga fuerza a la estructura familiar.

Estudiar el papel específico de la estructura familiar en la génesis y desarrollo de la conducta suicida desde una perspectiva comunicativa, implica contemplar el modelo orquestal que se utiliza en la Escuela de Palo Alto, de acuerdo con el cual, los individuos se comportan de manera armónica y que plantea el axioma según el cual no se puede no comunicar, debido a que los actores participan en este sistema transmitiendo información a partir de gestos, posturas, silencios, etcétera; y precisamente es porque el actor pertenece a una cultura es que forma parte también del proceso de comunicación que se genera. A diferencia de las orquestas, en la comunicación y en la cultura no hay un director y los colaboradores participan leyendo partituras invisibles que coadyuvan a la transmisión de información.

Siguiendo los planteamientos teóricos de la escuela de Palo Alto, podríamos preguntarnos por qué las personas que viven en una relación a la que le adjudican las causas de su sufrimiento, no solo no abandonan el campo, sino que, por medio de un acto como el intento de suicidio, buscan adecuarse a la continuación de la relación. De esta manera, busco problematizar el intento suicida como una forma que tiene el sujeto de buscar la estabilidad de su sistema familiar, pues recordemos que una de las características de la Teoría General de Sistemas, es que los sistemas se autorregulan y retroalimentan como un círculo en el que no hay comienzo ni fin y en el que la conducta de cada una de las partes afecta la de cada una de las otras partes y a su vez es afectada por estas. En el libro sobre la Teoría de la Comunicación Humana, Watzlawick, siguiendo los supuestos de la Cibernética, refiere que la retroalimentación puede ser negativa o positiva; la primera caracteriza la homeostasis, por lo que, mantener el estado del sistema constante, “es importante en el logro y el mantenimiento de la estabilidad de las relaciones”. En contraste, “la retroalimentación positiva lleva al cambio, esto es, a la pérdida de estabilidad o equilibrio”. Al proponer el intento suicida como una salida del sistema (familia), durante el proceso de retroalimentación dicho sistema es capaz de volver a introducir esa salida como información acerca de la misma, es decir, el intento suicida que el sujeto planteó como salida del sistema, se vuelve a introducir a la familia como información del propio intento de suicidio; aquí, la diferencia entre la retroalimentación positiva y negativa es que en la retroalimentación negativa, dicha información se utilizará para disminuir la desviación del

intento de suicidio con respecto a las normas establecidas (por ejemplo, el mandato religioso “no mataras”); mientras que en el caso de la retroalimentación positiva, la misma información sobre el intento suicida servirá para aumentar la desviación del intento suicida por lo que abonará al cambio y a la desorganización. Los estudios de Palo Alto con familias de pacientes esquizofrénicos señalan que “la existencia de un miembro esquizofrénico es esencial para la estabilidad del sistema familiar, y ese sistema reaccionará rápida y eficazmente frente a cualquier intento, interno o externo, de alterar su organización”.

Una de las características de la familia como sistema abierto es que la conducta de cada uno de los individuos está relacionada con la de los otros, es decir, influye al tiempo que recibe la influencia de los demás, de ahí que en un estudio sobre familias con miembros que han intentado suicidarse no puede analizarse si no concibiendo a la familia como un sistema que se comporta como un todo inseparable y coherente.

Equiparar teóricamente la conducta suicida con el estudio de enfermedades mentales como la esquizofrenia se justifica dado que ésta funciona con base en una construcción social de la enfermedad mental, el suicida pasó de ser un pecador a ser un enfermo mental que debe tratarse medicamente, ésta es la forma como la sociedad ha pretendido encuadrar a los suicidas a la sociedad, es decir, la explicación de por qué las personas deciden suicidarse no pasa por el malestar respecto a las condiciones sociales y culturales en las que los sujetos viven, sino que se enaltece la idea de que el individuo que toma ese tipo de decisiones tiene desequilibrios mentales que hay que curar.

En este sentido, estudiar a la familia como sistema y por tanto al intento suicida como un acto comunicativo, se fundamenta con los supuestos de Bateson de acuerdo con los cuales todas las personas viven dentro de una cultura conformada por señales, símbolos y signos que condicionan su integración al sistema a través del aprendizaje respecto a la forma de atribuirle significado a los mensajes que envía a los otros, pero también a los mensajes que recibe de los otros. Aquí, la importancia no es tanto del mensaje como del sistema comunicativo que se devela y desarrolla en el sentido de que “comunicar el volver común”,

o sea, no es la transmisión del mensaje lo que aquí interesa sino las dinámicas de las relaciones que se establecen en el sistema familia.

II. DIMENSIONES ANÁLITICAS DEL SUICIDIO EN MÉXICO

Diferentes disciplinas han tomado al suicidio como objeto de estudio, de ahí que las formas de abordarlo y los objetivos de cada una varían según la centralidad que cada una le otorgue. La discusión entre el psicologismo y el sociologismo como antagonistas, ha sido un debate que tiene sus orígenes en los propios inicios de la sociología como disciplina. De hecho, a principios del siglo pasado Durkheim y Tarde sostuvieron un famoso debate en el marco del décimo Congreso Internacional de Sociología, en donde discutieron sobre el objeto de la sociología como ciencia y las pertinencias de sus teorías respecto al suicidio. El presente apartado tiene como objetivo realizar una discusión crítica en cuanto a las dimensiones analíticas expuestas por diversas disciplinas que se han interesado por el estudio del suicidio particularmente en México.

Las políticas públicas dirigidas a la prevención del suicidio analizan el fenómeno como un problema de salud pública, por lo que las áreas de la salud, incluidas la psiquiatría, hacen uso de los datos estadísticos que se generan anualmente. En el caso de México, la información acerca del suicidio es recogida por el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) por medio de los libros de muertes accidentales o violentas que requisita el Ministerio Público. En el caso particular de la Ciudad de México, el Instituto de Ciencias Forenses es quien realiza la evaluación y diagnóstico de las muertes por suicidio, asimismo recaban la evidencia que los peritos y el Ministerio Público obtienen durante sus diligencias en el lugar de los hechos, a partir de lo cual conforman expedientes por caso y finalmente dan a conocer cifras y datos estadísticos anualmente. De aquí parten los estudios epidemiológicos que, usando técnicas de probabilidad y estadística, aportan un panorama general tanto del suicidio como de los intentos, considerando distintas variables que les permitan abonar en el campo de la prevención. A partir de dimensiones en común entre los artículos, libros y tesis revisadas, se organiza la diversidad de literatura que se genera en México en torno al tema del suicidio.

Las estadísticas

En la literatura respecto al suicidio en México se evidencia la relevancia que se le da a este fenómeno como parte de los informes y reportes que emiten tanto instituciones gubernamentales (Secretaría de Salud, INEGI) como asociaciones civiles que atienden el fenómeno suicida (por ejemplo, la Asociación Mexicana de Suicidología, Instituto Hispanoamericano de Suicidología, Instituto Mexicano de Psicooncología). Los estudios a partir de lo arrojado por las tasas de suicidio son una práctica común en los reportes y en las notas de editoriales de los periódicos y revistas que alertan por el incremento de esta forma de muerte.

El suicidio es clasificado por la Organización Mundial de la Salud como una muerte violenta, de ahí, que las estadísticas de este tema se concentran en los rubros de causas de muerte. En este sentido, el aumento de los suicidios en México se ha acelerado en la última década. De acuerdo con Ana María Chávez (2017), la tasa de suicidios en el país según las cifras de la OMS es de 5.3 casos por cada 100 mil habitantes, cifra que comparada con la tasa promedio mundial (11.4), es baja. En su artículo publicado en diciembre de 2017, Chávez presenta una comparación de las tasas de suicidio de 1980 a 2015, concluyendo que la frecuencia del fenómeno ha tenido una aceleración que va del 1.6% en 1990 (año a partir del cual hay registro del cálculo) a 5.3% en 2015.

La tesis defendida por la actuario Josefina García Pohlenz (2008) presenta el análisis estadístico del suicidio en el mismo periodo que el del artículo de Chávez, es decir, de 1980 a 2015, esto no es coincidencia si tomamos en cuenta que los registros de mortalidad datan de principios de la década de los ochenta y los informes del INEGI antes de la elaboración de la tesis fueron emitidos en 2005. García Pohlenz muestra los resultados de sus cálculos de estadística descriptiva en donde resaltan las relaciones que la autora hace entre la mortalidad por suicidio y cada uno de los factores sociodemográficos que se establecen en los registros del INEGI como influyentes para la consumación del acto.

Esta manera de presentar cifras sobre el suicidio es al mismo tiempo una forma de reducir el problema a gráficas de dos dimensiones y tablas de porcentaje que pueden tener una

utilidad como un acotado mapeo de las cifras para hacer una comparación que puede ser cuestionada con base a las mismas especificaciones de las cifras que ofrece el INEGI.

En la *Síntesis Metodológica de las Estadísticas de Intentos de Suicidio y Suicidios* presentada por el INEGI en 2003 (vigente a la fecha), se informa que los datos son recabados a partir de las actas de defunciones en las que un Ministerio Público certificó que la causa de muerte fue suicidio, es decir, lo que conceptualizan como “la cifra legal”. En este sentido, los límites de los análisis que tienen como mero insumo las estadísticas del INEGI, deben tener presente la cifra oculta de suicidios y los cambios en cuanto a las adiciones o eliminación de variables a partir de las que se construyen dichas estadísticas. El INEGI solicita a las Agencias del Ministerio Público de los estados que llenen boletas por medio de las que captan los datos de manera mensual, de ahí que puedan surgir preguntas como quiénes son en la práctica cotidiana los encargados de llenar esas boletas. Conocer las limitaciones de esta información ayudará a ser cuidadosos en tanto en los métodos como en los resultados que derivan en el planteamiento de conclusiones determinantes sobre “la transformación de la conducta suicida” y las variables que caracterizan ese tipo de muerte.

Salud pública/ epidemiología

En 2013 la Organización Mundial de la Salud lanzó un Plan de Acción sobre Salud Mental para el periodo 2013-2020 que incluye al suicidio como parte integrante de este, con el cual se busca reducir en un 10% las tasas de suicidios de los países. En este sentido, la OMS contempla el suicidio como un problema de salud pública a nivel mundial dado el nivel de crecimiento y la aceleración del aumento (Chávez, 2017).

La epidemiología ha sido parte fundamental en el estudio del suicidio como problema de salud pública dada la consideración que tienen al tratar este fenómeno como consecuencia de trastornos mentales y ligado al consumo nocivo de alcohol y drogas (OMS 2013). La demanda del uso de servicios de salud para atender el suicidio ha sido el campo de cultivo de los epidemiólogos en donde han encontrado una fuente para recabar información al respecto. Por ejemplo, en México los estudios realizados en colaboración con el Instituto

Nacional de Psiquiatría como los de Guilherme Borges y María Elena Medina Mora (2010) han dibujado la panorámica epidemiológica del suicidio en el país. Desde el punto de vista epidemiológico, el suicidio consumado y la conducta suicida son analizados de formas diferentes dado que el primero basa su análisis en los datos que provienen de los certificados de defunción, es decir, de la forma en la que el INEGI recolecta sus datos; mientras que para analizar la conducta suicida (intentos, ideación) se han basado en los resultados arrojados por tres grandes encuestas diseñadas de tal forma que contienen rubros que identifican dichas conductas: la Encuesta Nacional de Epidemiología Psiquiátrica, la Encuesta Mexicana de Salud Mental Adolescente y la Encuesta Nacional de Adicciones. A partir de distintos rubros de estas encuestas con las que identificaron lo que ellos llaman “eventos relacionados con el suicidio” (preguntas directas sobre la intención de suicidio) y a través del análisis estadístico de los mismos, Borges y Medina Mora concluyen en la necesidad de crear estrategias para identificar la tendencia a conductas suicidas principalmente de los pacientes que han sido diagnosticados con trastornos mentales a fin de disminuir el suicidio. En este sentido, este tipo de análisis ayudan a conocer un perfil epidemiológico de la población que, de acuerdo con los indicadores médicos, son potenciales a la conducta suicida; de esta manera, la epidemiología limita sus pretensiones a traducir los resultados de sus investigaciones y encuestas a modelos de intervención que posteriormente se traduzcan en políticas públicas encaminadas a la prevención de la conducta suicida.

Autopsias psicológicas

El enfoque epidemiológico de los estudios sobre el suicidio ha sido criticado debido a los problemas metodológicos a las que se enfrentan los investigadores al conocer el fenómeno a partir de cifras poco fidedignas (Terroba Garza y Saltijeral, 1983)⁶. En su artículo *La*

⁶ A principios de la década de los 80, cuando fue escrito el texto referido, México no contaba con una institución que se encargará de la recopilación de datos sobre mortalidad. Aunque actualmente el INEGI cumpla con esa función, es claro que los datos recabados ahora también tienen problemas metodológicos en cuanto a la recolección de los mismos, más aún en casos sensibles como la muerte por suicidio.

Autopsia Psicológica como Método para el Estudio del Suicidio, Terroba y Saltijeral proponen el uso de un método cualitativo para el estudio del suicidio: la autopsia psicológica. Este método fue propuesto por investigadores del Centro de Prevención del Suicidio de los Ángeles, California en la década de los sesentas a fin de “esclarecer los casos en los que los veredictos del suicidio eran dudosos” (*Ibid.*, 1983). Una autopsia psicológica consiste en realizar entrevistas con personas cercanas a los occisos para reconstruir el contexto en el que fallecieron; las autoras utilizaron este método para “evaluar en grupos de alto riesgo la letalidad de los intentos suicidas”, además de proporcionar datos que verifiquen el dictamen emitido por médicos forenses. Las investigadoras del Instituto Mexicano de Psiquiatría, llegaron a la conclusión de que se debe estudiar al suicidio desarrollando técnicas indirectas de investigación, pues en cuanto más involucrados estuvieron sus entrevistados con los occisos, mayor era la distorsión de la información que expresaban, razón por la que los controles para la obtención de información por parte de los encargados de recabar la información debe ser rigurosa y no solo fincada en cifras otorgadas por los médicos forenses, de esta forma también se pueden identificar a los familiares o amigos de los suicidas que se encuentren en riesgo de realizar el mismo acto. En México, es a partir de este estudio de Terroba Garza y Saltijeral que se comienza a analizar la pertinencia de la autopsia psicológica para el estudio del suicidio desde el ámbito de la salud, sin embargo, también ha sido el único caso documentado en el que se ha utilizado y únicamente con 10 casos.

En 2010, Mónica Solorzano Romero presentó una tesis derivada de una exhausta exploración sobre investigaciones en las que se utilizó la autopsia psicológica en bases de datos que contienen información epidemiológica de éstos alrededor del mundo. Su principal objetivo era describir la asociación que pudiera haber entre el consumo de sustancias (drogas y alcohol) y el acto suicida. Su estudio concluye con una crítica a la metodología utilizada dado que hay sesgos entre los grupos de control y los de estudio. Sin embargo, a partir de análisis estadísticos encuentra una relación positiva entre los trastornos psiquiátricos, el abuso en el consumo de sustancias (alcohol y drogas) y el suicidio. Cabe destacar que este análisis es sobre otros estudios que utilizaron la autopsia

psicológica como técnica para la recolección de información, sin embargo, la autora no tuvo como objetivo ni intención hacer una propuesta sobre el uso de esta técnica ni mucho menos utilizarla.

Actualmente existen investigadores de otras ramas de estudio interesados en el uso de este método para comprender el suicidio; por ejemplo Figueroa-Perea y Nájera Aguirre (2015) agregan el factor del género en el uso de las autopsias verbales psicológicas como posibilidad metodológica para reconstruir la historia y el contexto en el que se suicidaron algunas personas del sexo masculino a fin de poner a prueba su hipótesis según la cual las causas de muerte fueron potencialmente relacionadas con sus experiencias reproductivas. Partiendo de una crítica de lo que llaman *la feminización de la reproducción*, los autores nombran casos en los que el suicidio de los varones ocurrió debido a causas relacionadas con las situaciones problemáticas a las que ellos se enfrentan a partir de la demanda social que los coloca como proveedores económicos de la familia, protectores de hijos o parejas, o bien, por las condiciones en las que se encuentran en sus empleos. De esta manera, Figueroa-Perea y Nájera Aguirre abogan que el uso de autopsias verbales psicológicas para analizar suicidios de varones progenitores permitirá reflexionar sobre las condiciones de desempleo o depresión, producto de no cumplir con las expectativas sociales de ser progenitor.

En resumen, podemos constatar que en México se ha analizado el uso de las autopsias verbales como método para estudiar el suicidio. Sin embargo, solo hay un caso documentado sobre la aplicación de dicha técnica a principios de los años 80's. En abril de 2018, el CONACYT dio a conocer en su revista un artículo titulado *Autopsias psicológicas para entender el suicidio*, en donde se reseña el uso de esta técnica por parte de investigadoras de la Facultad de Psicología de la Universidad Autónoma de Coahuila. Hasta la fecha se han realizado autopsias psicológicas en seis casos de suicidio como parte de un programa estatal de prevención del suicidio.

¿El perfil demográfico del suicida?

Las investigaciones de la mortalidad por suicidio son atendidas en esos términos por áreas de la demografía que la vinculan principalmente con la distribución geográfica de los eventos y los posibles factores poblacionales de este fenómeno. La preocupación de algunos autores desde el enfoque demográfico, es el suicidio entendido como parte de un fenómeno más amplio: la mortalidad; se entiende entonces, una descripción de factores poblacionales referentes a la distribución de tasas de mortalidad y sus variaciones dentro de las cuales el suicidio es una de las partes. Por ejemplo, Carolina Martínez Salgado (2010) hizo un estudio exploratorio sobre la mortalidad por suicidio considerado como parte de los problemas de salud mental que a su vez relaciona con los procesos poblacionales; su trabajo la condujo a encontrar obstáculos dada la naturaleza de los registros de información, pero también por las diferencias en cuanto a la conceptualización y trato del suicidio como problema de salud mental.

Por otra parte, Rosalba Jasso Vargas (2010) presentó un estudio que da cuenta de dos situaciones: la primera, por medio de un análisis espacial a partir de las cifras del INEGI respecto a las tasas de suicidio en el periodo 2000-2004, la autora encontró que la distribución espacial de las tasas de suicidio es heterogénea en el territorio mexicano, por lo que dejó en el tintero la propuesta de un estudio que dé cuenta de las particularidades regionales de comportamiento de las tasas de suicidio. La segunda situación que se encontró en esta tesis es que utilizando un modelo de regresión no fue posible encontrar evidencia estadística suficiente para considerar como válida una relación entre el suicidio y las condiciones laborales. De este caso se destaca la relevancia que tendrá la elección por métodos y técnicas en los resultados de la investigación, mismos que deberán estar acordes con las preguntas de investigación más que con el objeto de estudio.

En el mismo tenor, Alejandra Isibasi (2010), realizó un estudio similar para comprobar la relación entre el desempleo y el suicidio; estadísticamente no se confirmó tal relación. La autora menciona que con su análisis busca observar a “la desigualdad como un mecanismo de inclusión/exclusión social y como posible escenario del suicidio en México”. Sin embargo,

intentar mostrar una postura durkhemiana del suicidio, la lleva a postular una conclusión *ad hoc* con su metodología y con el supuesto del suicidio como “relacionado con los procesos de integración social”.

Género

El suicidio es también una cuestión de género. Las cifras de la OMS y del INEGI en México, dan cuenta de que por cada 8 hombres hay dos mujeres que se suicidan, o sea los hombres se suicidan más que las mujeres. Por el contrario, las mujeres intentan suicidarse más que los hombres. En resumen, de acuerdo con las cifras, los hombres son más eficaces a la hora de decidir darse muerte por propia mano. Sin embargo, decir que el suicidio es también una cuestión de género no se limita a las cifras duras que se mencionaron; pensar en el tema del género conlleva a pensar en los estereotipos sociales respecto a la construcción de la noción de lo que significa ser hombre o ser mujer en la sociedad. En este sentido, tenemos estudios que han tratado el tema desde esta perspectiva, por ejemplo, Figueroa-Perea y Nájera Aguirre (2015) partiendo de la idea ya comentada de la masculinidad y la paternidad. La noción del incumplimiento de las expectativas que conllevan los roles sociales son factores de suma importancia para entender el suicidio.

Otro tema que ha sido estudiado considerando esta perspectiva, es el cruce del suicidio y la homosexualidad. En su tesis Castillo Fajardo, Axel y Santiago Cabrera José Luis (2017) exploran la homosexualidad como un factor de riesgo para la comisión de suicidio. La primera cuestión que identifican se relaciona con el dato ya mencionado acerca de la mayor propensión al suicidio de los hombres respecto a las mujeres; los autores identifican que una parte importante de ese alto número de suicidios es cometido por hombres homosexuales debido a factores como la discriminación en todos los sectores de la sociedad: familia, escuela, trabajo, iglesia. Por medio del uso de terapia breve basada en principios sistémicos, los autores hacen un interesante estudio en el que cruzan la homosexualidad y el suicidio, sin embargo, la técnica de abordaje para obtener información (enfoque sistémico de la terapia familiar) los llevó a obtener conclusiones que más que fortalecer sus hipótesis teóricas, reforzaban la utilidad de la técnica utilizada.

Edad

Los estudios sobre conductas suicidas, ya sea consumado, intentos o ideación, son en la mayoría de los casos puestos en perspectiva desde el ámbito de la edad. Más que establecer rangos de edad, dichos estudios se centran en una especie de etapas de vida para analizar el suicidio: infancia, adolescencia, adultez y vejez.

En su tesis Miriam Cruz Reyes y Aracely Herrera Garay (2003) dan cuenta de la relevancia del suicidio infantil y critican la dicotomía niño-adulto que se percibe en la sociedad. Las autoras destacan un aspecto interesante, refieren que en general, el suicida es tratado como un enfermo mental, sin embargo, cuando el suicida es un menor, entonces pasa a ser una víctima de la dinámica familiar dejando de lado las particularidades del infante como individuo y con ello quitando importancia al suicidio al calificarlo como un accidente, pues el niño es incapaz de formularse preguntas sobre la muerte, la vida. En su análisis, ellas se cuestionan que “los niños sueñan con ser adultos, por qué hay quienes deciden suicidarse”.

Para ello, proponen un estudio que dé cuenta de las cuestiones emocionales que experimenta un menor de edad, relacionadas con su entorno familiar y escolar. Sin embargo, el resultado de sus entrevistas y las dificultades con el acceso a la información limitan al estudio a conclusiones comunes entre todos los estudios psicológicos sin distinguir las diferencias entre grupos de edad, es decir, sin señalar particularidades del caso del suicidio en la niñez.

Las dificultades de dividir los estudios de suicidio por grupos de edad presentan problemas desde la conceptualización del grupo seleccionado. En este sentido, vemos que, en estudios sobre el suicidio en niños, se consideran a menores de 15 años, es decir, marcar las diferencias entre la población de niños y de adolescentes dadas las características del proceso de socialización, es complejo y limita las generalizaciones que puedan hacerse del tema.

Por otra parte, la mayor parte de los estudios que contemplan el suicidio en relación con la edad (Mendoza Celis, 2017; Montes Gutiérrez, 2016; Patiño Cruz), se centran en el estudio

del fenómeno en los adolescentes debido a la búsqueda por conocer los motivos de los jóvenes suicidas y con ello plantear dinámicas de intervención en escuelas, principalmente.

Los estudios sobre el suicidio en jóvenes tienen la particularidad de referir eso que se ha convertido en una especie de cliché con el que se concluye que el suicidio es un fenómeno multifactorial. A pesar de utilizar distintos marcos para el análisis, las conclusiones llegan al mismo resultado dejando de lado los aspectos de mayor interés propios de las ramas de las diferentes disciplinas a las que pertenecen. Entre algunos ejemplos, encontramos que, desde un enfoque bioético, Patricia Montes Gutiérrez (2016) se pregunta sobre la “capacidad” de los adolescentes para decidir su propia muerte, acentuando que esta decisión puede ser la forma en la que el adolescente siente que toma el control de su destino, en sus manos está decidir cómo y cuándo morir. Sin embargo, al caracterizar a los jóvenes suicidas, lleva a la idea de que los jóvenes con conducta suicida tienen una lista de “factores de riesgo”, entre los que enumera las desigualdades sociales y educativas, “situaciones familiares adversas”, psicopatologías y un largo etcétera con el que podríamos deducir que cualquier joven puede ser sensible a esta conducta; así, la idea de libertad que desde la bioética el autor había planteado, es absorbida por la amplitud que enlistan los llamados factores de riesgo que resultan ser una copia de un manual de psiquiatría hecho con la intención de clasificar a la vez que homologa los rasgos, características y condiciones de un enfermo mental.

Relaciones familiares y suicidio

La familia entendida como grupo primario en la socialización ha sido considerada por diversos estudios que buscan explicar el suicidio. Sin embargo, hay distintos enfoques, por ejemplo, quienes ven en la familia al principal detonador del suicidio, otros especialistas la ven como víctimas de una decisión individual a quienes hay que apoyar para superar un proceso de duelo; es claro que los estudios sobre la familia y suicidio se hacen a partir de acercamientos meramente teóricos en donde el trabajo empírico es dificultado por el acceso a familiares que han tenido algún integrante suicida.

Los estudios realizados a partir de las distintas escuelas de la terapia sistémica familiar prevalecen entre las tesis realizadas en universidades como la UAM y UNAM. Por ejemplo, en su tesis *El binomio suicido-familia*, Sánchez Hernández (2009), llega a hacer aseveraciones que parecen más juicios de opinión que resultados de algún análisis riguroso, por ejemplo, la autora plantea que cuando las necesidades básicas “son cubiertas de manera eficaz y adecuada, se tiene como resultado una familia funcional que provee a sus miembros y a ella misma los elementos necesarios para su sano crecimiento y desarrollo”. Los problemas del uso de la teoría como calzador para someter un hecho o en este caso una conducta, se deben entre muchas otras cosas a la falta de un análisis de las posibilidades teóricas para explicar un fenómeno.

Otro estudio que utiliza la perspectiva sistémica para analizar los estudios sobre la familia y suicidio es el que defendió Norberto Báez (2010), quien propone un estudio monográfico que ve en la familia una estructura que “rige el funcionamiento de los miembros de la familia, define su gama de conducta...”. De ahí que consideré a la familia como aquella que introduce las bases de los menores para “saber cómo vivir”; la responsabilidad que podría parecer recae sobre la familia es aligerada por el autor al otorgarle peso a los que considera factores de riesgo como la depresión, la bipolaridad o esquizofrenia. Vemos pues, que la intención de introducir el tema de la familia en el estudio del suicidio no parece ser la alternativa para dejar de concebirlo como una patología individual.

El suicidio desde la modernidad

La búsqueda de encontrar las causas del suicidio ha llevado a estudios que plantean el problema en relación con las condiciones socioeconómicas que provee el contexto de la modernidad y la exacerbación del capitalismo. El artículo de Guadalupe Manzo (2005), lleva a plantear el análisis del suicidio y de los intentos suicidas a partir de las condiciones externas del individuo, es decir siguiendo los postulados durkhemianos, la autora propone la relación del suicidio y lo que llama como “el contexto económico neoliberal” que se encuentra inmerso en la sociedad. Manzo (2005), se inscribe en la idea de que hay tres

elementos a partir de los cuales surge una sintomatología que puede derivar en suicidio: “una visión negativa de sí mismo, tendencia a interpretar las experiencias en forma negativa y una visión negativa acerca del mundo. Esta sintomatología puede dar lugar a una conducta suicida, considerando además que las ideas de suicidio pueden interpretarse como una expresión extrema al deseo de escapar a problemas que parecen irresolubles e intolerables (como la falta de empleo y/o el salario)”. De esta forma, la autora concibe al suicidio como un indicador de la búsqueda por alcanzar el prometido “estado de bienestar”.

Con una preocupación similar, Hernández Bringas y Rene Flores Arenales (2011), reflexionan sobre los posibles fenómenos sociales y económicos que desde 1950 podrían haber contribuido al aumento constante de las tasas de suicidio en México. La hipótesis principal es que, debido a la globalización, los cambios en la organización y conformación de las familias ha traído también nuevas formas de integración social. De hecho, proponen que fenómenos como la transformación del país en cuanto a lo urbano y rural, la migración, el envejecimiento poblacional y el aumento de las desigualdades, son factores que contextualizan el incremento de los suicidios. Derivado de lo anterior, Hernández Bringas y Flores Arenales realizan un ejercicio de comparación entre las tendencias de las tasas de mortalidad por causa violenta, estas son accidentes, homicidios y suicidios. El resultado muestra que de 1980 a la fecha en la que se escribió el artículo en cuestión (2011), las tasas de mortalidad por accidentes y homicidio han disminuido, contrario a las tasas de suicidio que han ido en constante aumento.

Factores como el desempleo o las condiciones precarias del mismo, la era de las redes digitales, la deserción escolar. Al final, estudios de tipo meramente teóricos, llevan a pensar que el suicidio es consecuencia de cualquier cosa, la que los autores decidan que es importante estudiar. Es decir, el suicidio se convierte en un pretexto de los especialistas de otros fenómenos (adolescentes, educación, trabajo). El problema que veo ante esa situación es que de pronto se pierde de vista conocer el fenómeno del suicidio para enfatizar o ejemplificar otros problemas sociales que, si bien tienen estrecha relación con el suicidio, no son el suicidio.

Suicidio y la muerte del otro

En la búsqueda por encontrar explicaciones para el fenómeno del suicidio, han propiciado formulaciones desde disciplinas como el psicoanálisis que profundizan en la elaboración y aplicación de conceptos esenciales para el análisis de la subjetividad. Los estudios psicoanalíticos del suicidio tienen como sus principales referentes a Freud y Lacan. Es partir de conceptos como pulsión de muerte, angustia, el deseo y la construcción de la otredad que este tipo de estudios proporcionan elementos para comprender el suicidio. En *El suicidio o el sujeto contra sí mismo*, Daniel Gerber (2012) plantea un análisis psicoanalítico que rescata al suicidio como un acto, el cual, siguiendo los planteamientos del Lacan, señala la separación entre un antes y un después, “separación que implica un imposible retorno a lo anterior”. En este sentido, tenemos otros análisis del mismo corte como el planteado por Velasco García y Pantoja Palmeros (2012) en dónde además proponen las consecuencias políticas del suicidio entendido como un tipo de crimen en el que el sujeto se otorga al Otro en un sistema de intercambios.

Así como éste, otros estudios desde el psicoanálisis (Bernabé Graciano, 2014; Espinoza Ponce y García Esquivel, 2012) analizan el suicidio de acuerdo a las aproximaciones que conectan con las teorías clásicas de esa materia sin entrar en alguna otra propuesta de acercamiento.

En un sentido similar, Liliana Mondragón Barrios (2008) propone entender el suicidio como una acción o comportamiento cuyo objetivo primordial es dirigir o dedicar la muerte al otro, es decir, donde los motivos del suicida no le pertenecen a él por completo; es el enfoque bioético. Este tipo de estudios marcan la diferencia entre los suicidios asistidos y eutanasia, en donde se enfatiza la autonomía del sujeto. Sin embargo, la autora profundiza en la investigación del intento de suicidio diádico, al que define como “aquel cuya autoagresión va dirigida inconscientemente o no, a otro con el objetivo de *“vivenciar a priori”* las secuencias negativas a quien se *“dedica”* el acto autoinfligido”. En su estudio realizado en hospitales psiquiátricos de la Ciudad de México, Mondragón Barrios por medio de entrevistas con pacientes y médicos, encontró discrepancias entre los conceptos de

beneficencia y autonomía que constituyen los ejes de la investigación biomédica. Como resultado de esto, la autora propone la reflexión en torno a las repercusiones bioéticas del intento de suicidio de tipo diádico en el escenario clínico que permita al personal de salud actuar considerando virtudes y deberes frente a los casos de intento de suicidio.

Mensajes póstumos

El uso de documentos personales para el análisis de problemas sociológicos es una práctica que utilizaron Thomas y Znaniecki (1927) en *The Polish Peasant in Europe and America*, en donde por medio del análisis de cartas y también de historias de vida dieron cuenta del fenómeno migratorio y los cambios en las relaciones sociales que este fenómeno implicaba. En el campo del estudio del suicidio, el uso de las cartas póstumas como analizador es una de las fuentes de información que conforma una opción ante la imposibilidad de obtener información de propia voz del sujeto suicida. En México, son pocas las publicaciones que utilizan las cartas póstumas de suicidas para el análisis; por ejemplo, desde el ámbito de la psicología, un grupo de académicos encabezado por Chávez Hernández publicó los resultados de su investigación titulada *Notas suicidas mexicanas. Un análisis cualitativo* (2011), en donde utilizaron cartas de personas que se suicidaron en el estado de Guanajuato a partir de las cuales hicieron un análisis de contenido que contempla la presencia/ausencia de ciertas palabras o frases que fungieron como indicadores de personalidad, afecto, datos demográficos, entre otros. De acuerdo con los autores, los resultados suponen al suicidio como “una manifestación extrema de un dolor psicológico [...] y un evento propiciado por factores psicosociales”.

Por otra parte, desde un enfoque socioantropológico, Víctor A. Payá (2012), realizó un estudio utilizando los expedientes de personas que se suicidaron en la Ciudad de México. Los reportes policiacos que contenían descripciones del lugar de los hechos; los peritajes de los médicos forenses que dictaminan las causas biológicas de la muerte además de los exámenes toxicológicos; los fragmentos de las declaraciones de familiares y amigos de los suicidas, así como los mensajes póstumos; fueron el material por medio del cual el

investigador tejó los escenarios del suicidio que desembocaron en un análisis que lleva a las nociones de intercambio simbólico y transmisiones de dones, deudas y sacrificios por parte de los suicidas. En un sentido similar, Víctor Gómez presentó la tesis *El suicidio, un estudio sociológico de los mensajes póstumos* (2012), en donde inscribe al suicida dentro del orden de lo social, por lo que el suicidio pasa a ser una decisión influida por terceros, situaciones que se dejan ver en los mensajes que muestran los vínculos emocionales y sociales de los suicidas.

III. Intentos de suicidio y vejez

Aproximaciones al tema de la vejez

Los cambios demográficos que han estado ocurriendo en sociedades como la mexicana muestran que el envejecimiento de la pirámide poblacional es cada vez más evidente. En México, la población mayor de 60 años constituye el 10.4% de acuerdo con la Encuesta Intercensal del INEGI 2015; aunado a ello el proceso gradual de envejecimiento se puede observar en el índice presentado por la misma institución de acuerdo con el cual, en 2005 por cada 100 niños o jóvenes hay 38 adultos mayores de 60 años. En comparación con 1995 se muestra un aumento del doble de adultos mayores por cada 100 niños o jóvenes.

Índice de envejecimiento

Periodo	Porcentaje
2015	38.0
2010	30.9
2005	26.4
2000	21.3
1995	18.5

Fuente:

[INEGI XI Censo General de Población y Vivienda 1990.](#)

[INEGI Censo de Población y Vivienda 1995.](#)

[INEGI XII Censo General de Población y Vivienda 2000.](#)

[INEGI II Censo de Población y Vivienda 2005.](#)

[INEGI Censo de Población y Vivienda 2010.](#)

[INEGI Encuesta Intercensal 2015](#)

Más allá de los datos demográficos, este tipo de información invita a reflexionar sobre los consecuentes problemas sociológicos que este proceso trae consigo. La vejez, entendida como una construcción social, deja ver los principios culturales de las sociedades en las que vivimos. Pensar en “lo moderno” como lo actual, lo nuevo, es una idea arraigada que plantea una idea negativa de la vejez relacionada con la enfermedad, la muerte y el declive del cuerpo físico y orgánico. Las limitaciones tanto físicas como mentales y sociales que se le confieren a los ancianos lleva también a un cambio en cuanto a las expectativas que se esperan de él y con ello un consecuente cambio de roles. Rizo López (2007) explica que en la actualidad hay dos signos que pueden indicar envejecimiento: el primero es la pérdida de empleo (principalmente por jubilación), mientras que el segundo es el abandono del hogar de los hijos. La pérdida del empleo por jubilación trae como consecuencia una pérdida también de las relaciones establecidas en el trabajo y “una sensación de marginación social debido a la inutilidad que representa ahora el anciano en el mundo de la producción tan

querido por una sociedad adicta al consumo” (Rizo López, 2007:9). Por su parte, el abandono o alejamiento de los hijos puede implicar cambios en cuanto a los roles de cuidado sobre ellos; pero esta situación da también la posibilidad de entablar nuevas relaciones sociales con amigos o familiares dadas las circunstancias de tener más tiempo libre.

Después de hacer un recorrido por el estado de la cuestión respecto al suicidio en México, podemos observar la relevancia que el suicidio tiene para diversas áreas del conocimiento. Sin embargo, es de la misma forma importante tener en cuenta que los estudios presentados al respecto no logran en la gran mayoría de los casos, hacer una propuesta metodológica ni de abordaje de los suicidas como objeto de investigación, es decir, más allá de describir el fenómeno del suicidio en general, es fundamental comenzar a entender y explicar qué dice el suicida o quien intenta suicidarse de las dinámicas y relaciones sociales en las que está implicado.

En el estado del arte del suicidio en México, vemos la constante preocupación de los especialistas en ocuparse de la conducta suicida en los jóvenes. Al respecto, Hernández, Flores, *Et. al.* (2011) refieren que “Debido a que los jóvenes son mucho más numerosos que las personas de la tercera edad, sus montos de suicidios son más visibles que los de los ancianos. Sin embargo, en términos de tasas de suicidio, las de las personas mayores de 75 años son de mayor magnitud que las de las personas más jóvenes” (Hernández, Flores, *Et. al.*,2011:95). En este sentido, considero que esta preocupación muestra también una postura respecto a la noción de lo joven y lo viejo relacionado con la búsqueda de la prevención del suicidio como una especie de “medicina” para que la población joven evite la conclusión de la vida por propia cuenta, lo natural, lo normalizado e idealizado es que el ser humano pase por el “proceso de desarrollo” o la transición de etapas que van del nacimiento, la infancia, la juventud, hasta llegar a la vejez que se contempla como la antesala de la muerte.

De hecho, en la revisión de la literatura respecto al suicidio y la vejez en México, se encontró una tesis desde el ámbito de la especialidad en medicina familiar, el documento da la

impresión de ser un formato en el que se llenaron los rubros de la metodología como objetivo, hipótesis, justificación, discusión y conclusiones en los que no hay un aporte explícito sobre la relación vejez-suicidio que concluye con la afirmación de que “al hacer una correlación entre riesgo de suicidio y riesgo social no se encontró una asociación estadísticamente significativa entre estas variables” (Velázquez Armas, 2017).

Para ello surgen preguntas respecto a qué puede aportar a la sociología la comprensión del suicidio o de los intentos suicidas de los ancianos en la sociedad mexicana. Sin duda un análisis que tome en cuenta las características sociales, históricas y culturales de la sociedad vinculadas con los cambios en las formas de vivir y en las maneras de relacionarse puede contribuir en el abordaje del suicidio como develador de las relaciones sociales que tienen lugar en un grupo o en una sociedad.

Un estudio relacional del suicidio y la vejez puede también apoyarse en teorías como las descritas en este documento. Por ejemplo, las dinámicas familiares pueden ser una ventana que permita un acercamiento al tema del suicidio en los ancianos. Para ello, aquí se reflexiona en torno a la idea de un enfoque comunicacional que apuesta por el estudio de la interacción, planteando una investigación el intento suicida como acto comunicativo que recobra mayor sentido cuando lo planteamos como un problema sociológico en el que la interacción y la comunicación en los grupos de los que forma parte el sujeto potencialmente suicida, han conformado parte de la identidad y con lo que se pretenden entender las lógicas en las que se mantienen las relaciones sociales en un contexto en el que el intento suicida salta como un síntoma de los procesos comunicativos de las familias y otros grupos sociales.

Reflexiones en torno a los intentos de suicidio en la vejez desde la sociología figuracional

A continuación, se presenta una reflexión en torno a las representaciones que hay en las sociedades sobre la muerte, lo que permitirá plantear algunas aproximaciones al tema del suicidio en la vejez desde la sociología figuracional de Norbert Elías.

Uno de los conceptos más relevantes para entender la sociología de Norbert Elías es el de interdependencia. En él basa su análisis de la sociedad a partir de figuraciones entendidas como tramas de interdependencia que se vinculan y que motivan a los individuos a actuar de una manera que no haría si no estuvieran esas condiciones de interrelación. Pero el concepto de interdependencia también nos lleva a conocer la postura del autor respecto a los límites del conocimiento entre las disciplinas dedicadas al estudio de lo social, su rechazo a los límites invita al sociólogo a reflexionar sobre los usos no solo de la teoría sino de los métodos de acercamiento al mundo social al fungir como objetos y sujetos de las investigaciones. La reflexividad en torno al investigador como sujeto con ideologías, miedos, lealtades, etcétera, es uno de los principales aportes de Elías.

En este orden de ideas, Elías (2001) propone un análisis sociológico centrado en la integración e interdependencia compleja de los individuos y la sociedad; entendiendo que las transformaciones de los individuos, es decir, la psicogénesis, representan series entrelazadas con las transformaciones sociales, o sea, sociogénesis. La sociología relacional de Elías apuesta por el continuo paralelismo entre estas dos transformaciones.

Zabludovsky (2007) señala que uno de los ejes de la sociología de Norbert Elías es “una concepción de la sociedad que se fundamenta en distintos grados de control y autocontrol. El dominio del ser humano se expresa en una actitud mental y práctica que abarca ámbitos interdependientes”; estas formas de autocontrol regulan el comportamiento y la vida de los individuos dado que son establecidos socialmente.

“El proceso civilizatorio, y por tanto también la racionalización, no es un proceso que concierna sólo a las ideas y al pensamiento, sino que también involucra cambios estructurales en el entero habitus de las personas. Implica reparar en los cambios de la economía psíquica en todas sus zonas: desde el ego (el nivel más flexible de la conciencia y la reflexión) hasta el plano más rígido y automático de los instintos y los afectos, el de la inconsciencia. Así, tal como el tejido social llega a desarrollarse hacia una mayor diferenciación funcional, del mismo modo el aparato de autocontrol psíquico llega a hacerse más diferenciado y estable” (Elías, 2000).

Así podemos plantear que uno de los objetivos de un análisis del intento de suicidio en la vejez, siguiendo los planteamientos de Elías será conocer “las características que presentan las sociedades contemporáneas y las correspondientes estructuras de personalidad, que son responsables de la peculiaridad de la imagen de la muerte, así como de la medida y la forma en que se produce la represión de la muerte” (Elías, 1987:59) en la sociedad mexicana.

Planteamiento

En La soledad de los moribundos, Norbert Elías plantea los temas del envejecimiento y la muerte como problemas sociológicos. Es a partir de este texto que se recogen las ideas sobre los procesos de individuación para entretejerlos con su sociología de las figuraciones a fin de reflexionar en torno a las representaciones de muerte en la sociedad actual y la concepción sobre las ideas de la vejez.

El envejecimiento es parte de un proceso biológico, sin embargo, es parte también de un fenómeno social que da lugar a aspectos relacionados con estereotipos, roles y representaciones sociales. Por ejemplo, los relacionados con las enfermedades, las limitaciones y el deterioro del cuerpo que estas implican. La percepción de la imagen del cuerpo envejecido y del tiempo como finito, dan lugar al análisis del individuo como parte de una constelación de relaciones que intervienen en el desarrollo de las actitudes, comportamientos y valores del individuo en relación con la sociedad.

Para Elías, el proceso de envejecer conlleva un cambio en la posición que una persona ocupa en una sociedad “el status y el poder de las personas cambia rápida o lentamente, antes o después, cuando llegan a la edad de sesenta, setenta, ochenta o noventa años”.

Norbert Elías plantea cuatro particularidades de las sociedades que son condición de la imagen de la muerte que bien podemos relacionar con la vejez dado que la primera es la prolongación de la vida individual; con los cambios en las sociedades actuales y el desarrollo de la ciencia y la tecnología, se ha incrementado la esperanza de vida de las personas, en este sentido, vemos que el pensamiento de la muerte propia en los individuos por lo general se haya lejano en gran parte de su vida. De ahí la segunda propiedad que refiere a la

representación de la muerte como estación final de un proceso biológico; en este caso cobra relevancia la lógica de la preocupación del grueso de los estudios sobre el suicidio que buscan la prevención del fenómeno en adolescentes dejando relegada la intervención en ancianos. La imagen de la muerte como parte de un proceso natural nos lleva a la tercera característica: “el grado de pacificación interna de las sociedades”, esto en contraste con las sociedades anteriores a la implementación del estado nación como regulador de las muertes violentas, instaurando como único uso de legítimo de la violencia al propio Estado; en este sentido, en las sociedades actuales se tiene una representación de que la muerte debe ser natural y no se considera “normal” la muerte violenta como los asesinatos y el suicidio. La cuarta, es el alto grado de individualización y la imagen de la muerte vinculada a la imagen que prevalece en la sociedad en la que vive; de ahí la idea del ser humano aislado, la imagen del homo clausus que no encuentra el sentido a la existencia:

“Pero la categoría de “sentido” no puede entenderse cuando se refiere a un ser humano individual o a un universal derivado de él. Es constitutiva de lo que llamamos sentido la existencia de una pluralidad de seres humanos, interdependientes de éste o de aquel modo y que se comunican entre sí. El “sentido” es una categoría social. Y el sujeto correspondiente a esta categoría social es una pluralidad de seres humanos vinculados entre sí. En el intercambio mutuo, los signos que se dan unos a otros -y que pueden ser diferentes de grupo humano a otro- adquieren un sentido, que inicialmente es un sentido común.” (Elías, 1987:68)

De esta forma se concibe un análisis eliasiano de los procesos sociales fundamentados en una pluralidad de individuos, es decir, a partir de figuraciones sociales, dinámicas y configuradas históricamente, en donde los comportamientos tendrán condiciones particulares que varíen de época en época.

Para ello surgen preguntas respecto a qué puede aportar a la sociología la comprensión del suicidio o de los intentos suicidas de los ancianos en la sociedad mexicana. Sin duda un análisis que tome en cuenta las características sociales, históricas y culturales de la sociedad vinculadas con los cambios en las formas de vivir y en las maneras de relacionarse puede

contribuir en el abordaje del suicidio como develador de las relaciones sociales que tienen lugar en un grupo o en una sociedad.

Por ello, se presenta una propuesta para el estudio que pone en el centro el tema de la vejez y con ello las representaciones sobre la muerte. A partir de la sociología figuracional de Norbert Elías, la reflexión será respecto a la pregunta que el mismo se plantea y que a la letra dice ¿qué es lo que pasa con el hecho de morir? Enmarcado en sus conceptos de interdependencia y cambio social, Elías plantea que las respuestas a dicha pregunta han cambiado al tiempo que se ha desarrollado la sociedad, de hecho, además de esa noción del tiempo, el autor plantea que la respuesta al hecho de morir es también específica de cada grupo social. Así “las ideas acerca de la muerte y los rituales con ellas vinculados se convierten a su vez en un momento de socialización” (Elías, 1987:12). Tanto las ideas como los ritos de las sociedades son fundamentales para la comprensión de la muerte como socialización en el marco de la sociología eliasiana. En este sentido, tenemos que la muerte despliega representaciones que ligan el mundo visible de aquel que no podemos ver ni palpar; la muerte desde esta perspectiva es, pues, un camino, un recorrido para llegar a “otra vida”, a otro tiempo, no como fin sino como medio para volverse a encontrar, esto es, para cambiar la posición del suicida en el grupo. Esta idea de “la otra vida” o el paraíso es parte de uno de los escenarios que puede haber sobre la muerte, pensar en el reencuentro con los seres queridos después de la muerte es casi tan significativo como pensar en el momento de la despedida, del rito de pasaje lleno de simbolismo, en el que la atención y el deseo del otro será el suyo: por ejemplo, planear el funeral. En qué momento es más fuerte el imaginario sobre la muerte que aquel cuando el individuo se piensa por última vez, se planea o incluso se alista para su propio funeral. Norbert Elías plantea un estudio del *homo clausus* caracterizado como un moribundo o un viejo, de ahí que la muerte y el envejecimiento lleven a la reflexión que a su vez contribuye al planteamiento de un estudio sobre el suicidio.

El proceso civilizatorio y la represión de la muerte

En La sociedad de los individuos, Elías plantea que una de las características más visibles en la sociedad moderna es el alto grado de individualización que implica un proceso de cambios sociales, el avance de la racionalización y la creciente diferenciación como parte del proceso civilizatorio.

El protagonismo que Elías le da a los estudios históricos le permiten tener un continuo de ejemplos en los que compara las sociedades industriales con las no industriales a fin de dar cuenta de los procesos históricos y biográficos caracterizados por la diferenciación social (estratificación, división social del trabajo); es decir, como producto de entramados de interdependencia en donde el comportamiento de los individuos debe ser considerado en un paralelo con los procesos sociales.

Las transformaciones sociales dan lugar a reconocer que en el proceso de civilización, las necesidades simples se vuelven complejas y con ello se desencadenan una serie de problemas sociales que nos llevan a cuestionarlos y estudiarlos de acuerdo a la forma en la que se reconocen en la estructura del proceso. Por ejemplo, cuando el autor habla de “la represión de la muerte”, retoma a Freud para hacer referencia a mecanismos de defensa psicológicos que funcionan en el ámbito individual como un muro protector contra las ideas de la propia muerte. En este caso, en estudios sobre cartas póstumas de suicidas (Payá, 2012) podemos ver la reiteración de sentimientos de culpa relativos a la familia principalmente; Elías diría que esto se debe al contacto tan estrecho con la muerte y con la “necesidad indomable” de creer en ella: “La asociación que se establece entre el miedo a la muerte y el sentimiento de culpa aparece ya en los viejos mitos. Adán y Eva eran inmortales en el Paraíso, a morir les condenó Dios porque Adán, el hombre, había desobedecido el mandato del padre divino” (Elías, 1987:18)

Pero la idea de “represión de muerte” no puede tener lugar sin considerar que va acompañado de un plano social específico en el que “el empuje de la civilización” lleva a excluir de la vida pública el problema de la muerte; de ahí que los ancianos o los moribundos lleven una vida en el ámbito familiar o en todo caso, aislados en una institución como un

hospital o un asilo. De esta forma, vemos que la manera de experimentar la muerte es específica de cada grupo, o sea se trata de algo aprendido.

El progreso en el conocimiento y necesidad de combatir enfermedades infecciosas es un ejemplo del curso civilizatorio; con el crecimiento demográfico también cambiaron no solo las formas de morir, sino las actitudes que las sociedades tienen hacia la muerte. Lo patológico se construye a partir de la noción de lo normal, es decir, lo patológico en una sociedad será aquello que vaya en contra del orden moral. De ahí proviene una concepción diferente sobre el estudio del suicidio dado que Durkheim y luego Merton habían planteado el tema del suicidio como producto de la anomía, la cual constituía una especie de patología moderna de la sociedad; contrario al análisis que podríamos hacer desde los planteamientos de Elías, esto es, ver al suicidio como la consecuencia de un modo de poder social, un proceso civilizatorio que reprime la muerte. “El pudor que muestran los adultos en nuestros días a enseñar a los niños los hechos biológicos de la muerte es una característica específica del esquema de civilización dominante en la actual etapa” (Elías, 1987:28)

De aquí la relevancia de considerar los planteamientos de Elías para la comprensión de temas como el suicidio, el envejecimiento y la muerte; el autor dirá que busca “añadir al tradicional diagnóstico médico, un diagnóstico sociológico que se centre en el aislamiento al que están expuestos los viejos y moribundos.” (Elías, 1987:90) Tenemos pues, la imagen del homo clausus característico de las sociedades desarrolladas, en donde las personas se ven a sí mismos como independientes, sujetos individualizados y aislados frente al resto del mundo dada la separación del “mundo externo” con el “mundo interno”. La consecuencia es entonces un mandato que ordena la búsqueda de un sentido por la vida, pero que a su vez será independiente del de los demás, de ahí por ejemplo que Elías considere que en la búsqueda de ese sentido “a la gente le parezca absurda su existencia”. En épocas anteriores los rituales y las “fantasías encubridoras” sobre el saber de la muerte eran colectivas, esto permitía sobreponerse al conocimiento de la muerte; el tiempo ha cambiado y ha ido cambiando esas formas, pero la idea de la “otra vida” o la supervivencia en el paraíso sigue presente en la cotidianeidad de la sociedad.

Reflexión final

A lo largo de este documento se han esbozado distintos apuntes que mapean la situación actual de los estudios sobre el suicidio. A partir del mapeo de lo que se conoce como sociología del suicidio, pasando por los planteamientos de teorías sociológicas que pudieran abonar a la comprensión del fenómeno y finalmente esbozando los enfoques y las dimensiones analíticas con las que se estudia el suicidio en México; podemos obtener como resultado una reflexión que apunta lo siguiente:

De acuerdo con lo desarrollado anteriormente, podemos identificar dos formas de tratar el tema del suicidio: la primera, apoyada en una base de datos estadísticos que tratan más que al suicidio a las tasas de suicidio, considerándolo como un problema social y de desviación, en este sentido tenemos estudios desde el enfoque de la demografía, la criminología y la sociología. Desde esta postura, el suicidio es indicativo de fenómenos externos como el nivel de integración de la sociedad, los problemas económicos y sociales de las regiones o las condiciones de empleo.

La segunda forma de tratar al suicidio es el de las ciencias médicas, psicológicas y psiquiátricas, es decir, aquellas que han patologizado el suicidio y con ello promueven la medicalización al considerarlo como una alteración biológica; la búsqueda de la receta que cura el suicidio parece ser la preocupación de este tipo de enfoques. Las ciencias *psi* estudian el suicidio como un indicativo de una condición médica, el individuo que se suicida o que lo intenta no es responsable de su acto, dado que es un enfermo mental.

Así, entre los retos que conlleva hacer una investigación sociológica del suicidio, se encuentra ir más allá de la crítica a los estudios clásicos sobre el suicidio; se debe de construir una metodología que proponga un acercamiento al estudio del suicidio partiendo de la noción relacional que el fenómeno implica.

Es propio del ser humano proyectar su futuro, creer en sus propios mitos, por eso se vuelve de sumo interés saber qué pasa cuando se decide que este futuro sea el de morir, a dónde se pretende llegar con ello. Antropológicamente se sabe que el hombre nace y muere dos veces, la primera vez como un sujeto biológico y la otra como un ser simbólico (no siempre

en el mismo orden, recordemos que el rompimiento de un tabú o el destierro forman parte de la muerte simbólica de una persona). El bautizo nombra al individuo dentro de un lugar que lo hace formar parte de una historia; el entierro es el ritual simbólico que ayuda al bien morir de las personas, a soportar el pasaje del duelo entre los vivos, a establecer relaciones simbólicas e imaginarias que den cuenta de un hecho difícil de racionalizar. La búsqueda de sentido, de un anclaje que dé lugar a la existencia propia del individuo parece ser la respuesta, un escenario dentro de la diversidad de posibilidades que el acto y el pensamiento suicida producen. De ahí que no sea casual que algunos suicidas dejen, junto a la carta póstuma, su acta de nacimiento (Payá, 2012), dos documentos que dan cuenta de la entrada y la salida de la vida desde lo simbólico. En el mismo sentido, Elías menciona que “estas personas pueden vivir entre los demás, pero éstos carecen para ellos de significación afectiva [...] el concepto de soledad se refiere también a una persona que vive en medio de otras muchas pero que carece totalmente de importancia para ellas, siéndoles indiferente que exista o que no exista, al haber roto todos los vínculos afectivos que con ella pudiera haber habido.” (Elías, 1987:82)

Finalmente, un estudio relacional de los intentos de suicidio en la vejez, rescatará la centralidad por conocer las figuraciones desde la interacción de los individuos con las sociedades y grupos sociales entendiendo que los individuos participan en distintos grupos simultáneamente, por lo que tiene también diferentes tejidos de dependencia cambiante pero también tiene una estructura particular que los ordena, de ahí las motivaciones y controles que llevan a centrarse más que en el comportamiento, en las condiciones variantes de época en la que el individuo vive y los cambios que esta ha traído y que han orientado y posibilitado su actuar.

Bibliografía

- Atkinson M. (1978) *Discovering Suicide: studies in the social organization of sudden death*. Pittsburgh, University of Pittsburgh Press.
- Bateson, G. (1965), "Información y codificación: un enfoque filosófico", en Jurgen Ruesch y Gregory Bateson, *Comunicación: la matriz social de la psiquiatría*, Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Becker, H. (2014), *Outsiders. Hacia una sociología de la desviación*, Argentina, Editorial Siglo XXI.
- Bernabé Graciano (2014) *El suicidio como ofrenda al Otro: una interpretación desde el psicoanálisis*; México, UNAM.
- Borges G, Orozco R, Benjet C, Medina-Mora ME. (2010) *Suicidio y conductas suicidas en México: retrospectiva y situación actual*. Salud Publica México; 52:292-304.
- Bourdieu, P. (1980), *El sentido práctico*, México, Siglo XXI.
- _____ y Wacquant L. (1992), *Una invitación a la sociología reflexiva*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Castillo Fajardo, A. y Santiago Cabrera J. (2017). *La homosexualidad y el suicidio. Un enfoque sistémico*. México, UAM.
- Cavan, (1965 [1928]) *Suicide*. New York, Russell and Russell.
- Cruz Reyes M. y Herrera Garay A. (2003), *Suicidio infantil. La percepción del suicidio infantil en México, un estudio de caso*. México, UAM-X.
- Douglas JD. (1967) *The Social Meanings of Suicide*. Princeton, Princeton Univ. Press
- Durkheim, E. (2017 [1897]), *El suicidio*. México, Fontamara.
- Elías N. (2001) *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, FCE.
- _____ (2000) *La sociedad de los individuos*, Barcelona, Península.
- _____ (1987) *La soledad de los moribundos*, México, FCE.
- _____ (1982) *Sociología fundamental*, Barcelona, Gedisa.
- Espinosa Ponce y García Esquivel (2012) *De lo Siniestro al goce: el suicidio en la familia*; México, UAM-X.

- Figueroa-Perea, J. G., & Nájera-Aguirre, J. N. (2015). *El uso de las autopsias verbales para analizar algunos suicidios de varones progenitores*. Acta Universitaria, 25(NE-2), 40-46. doi: 10.15174/au.2015.84
- Fincham, B. et al; (2011) *Understanding suicide: a sociological autopsy*. London, Palgrave Macmillan.
- Foucault, M. (1976). *Historia de la sexualidad 1. La voluntad del saber*, México, Siglo XXI.
- _____ (2010). "Un placer tan sencillo". En *Obras esenciales*, 857-859. Barcelona: Paidós.
- García Pohlenz J. (2008), *El suicidio en México. 25 años de estudio*, UNAM, México.
- Giddens A. (1965). The suicide problem in French sociology. *Br. J. Sociol.* 16:3-18
- Gil Gimeno, (2008) *El suicidio como hecho social: Holbwachs-Durkheim y la posmodernidad*. Barcelona, Anthropos 218.
- _____, (2012). *Suicidio: morir o matar*. España, EAE.
- Gómez Patiño, V. (2012); *El suicidio. Un estudio sociológico de los mensajes póstumos*; UNAM, México.
- Gonnet Juan P. y Romero M., (2013) *Un diálogo entre Durkheim y Foucault a propósito del suicidio*, Revista Mexicana de Sociología 75, núm. 4 (octubre-diciembre, 2013)
- Hernández-Bringas H. y Flores- Arenales R., (2011), *El suicidio en México*, México, Papeles de población, UNAM.
- Heuguerot Fachola M.; Porto R.; Díaz E.; París M.; (2015), *Tentativa e ideación de suicidio en adultos mayores en Uruguay*, *Ciência & Saúde Coletiva*, 20(6):1693-1702.
- Isibasi Pouchin, A. (2010) *El suicidio en México un estudio sobre la desigualdad y sus repercusiones*, UNAM, México.
- Jasso Vargas, R. (2010), *La dimensión espacial del suicidio y su vínculo con el mercado laboral, México 2000-2004*; CEDUA-COLMEX, México.
- Lester (2010), *Qualitative Research in Suicidology: Thoughts on Hjelmeland and Knizek's "Why we Need Qualitative Research in Suicidology"*. The Richard Stockton College of New Jersey, USA.

- Manzo Guerrero, G. (2005), *El suicidio desde una perspectiva socioeconómica cultural*. Cuicuilco, vol. 12, núm. 33, enero-abril, 2005, pp. 153-171 Escuela Nacional de Antropología e Historia Distrito Federal, México.
- Merton, Robert K. [1949 (2013)], *Teoría y estructura sociales*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Mondragón Barrios, L. (2008); *El suicidio ¿El derecho a morir? Una aproximación bioética al estudio del intento de suicidio diádico*, UNAM, México.
- _____ y Caballero M. (2014), *Del sujeto que ha intentado suicidarse y el Otro: la Institución Psiquiátrica*, NIH, Rev Obs Filos. 7.
- Montes Gutiérrez P. (2016), *Consideraciones bioéticas sobre la libertad y el suicidio en el adolescente*. México, UNAM.
- Münster, D.; Broz, L. (2015), *The Anthropology of Suicide: Ethnography and the Tension of Agency*, Universität Heidelberg.
- Patiño Cruz F. (2013), *La muerte deseada. Una aproximación sociológica al suicidio en la población juvenil del Distrito Federal*. México, UNAM.
- Payá Porres, V. (2012), *El don y la palabra: un estudio socioantropológico de los mensajes póstumos del suicida*, UNAM-Juan Pablos editor, México.
- Reyes Morris V. (2014) *La anomía revisitada. En hombros de Merton*, Revista Colombiana de Sociología, N° 22.
- Rizo López A. (2007), *Tercera Edad: Diferentes percepciones y necesidad de relaciones basadas en una nueva ética social*, KAIROS Revista de Temas Sociales, Universidad Nacional de San Luis, Año11 N° 20.
- Roiz Célix, M. (1989), "La teoría de la comunicación de Palo Alto y sus posibilidades y limitaciones teóricas", en Revista Internacional de Sociología, Madrid, vol. 47, fasc. 1, enero-marzo.
- Sacks H. (1995). *Lectures on Conversation*. New York, Wiley-Blackwell
- Sánchez Hernández C. (2009), *El binomio suicidio-familia*, México, UNAM.
- Solorzano Romero M. (2012), *El efecto del consumo de sustancias en el suicidio, revisión de estudios de autopsia psicológica*, UNAM, México.

- Terroba G; Sallijeral M.T. (1983) *La autopsia psicológica como método para el estudio del suicidio*. S.I. Púb. Méx., Vol. 25: 285-293.
- Timmermans S. (2005) *Suicide determination and the professional authority of medical examiners*. *Am. Sociol. Rev.* 70:311–33
- Velázquez Armas, D. (2017); *Riesgo social y suicidio en el adulto mayor en una unidad rural del IMSS Puebla*, UNAM, México.
- Watzlawick, P.; Helmick Beavin y Don D. Jackson (1974), “4. La organización de la interacción humana”, en *Teoría de la comunicación humana: interacciones, patologías y paradojas*, Buenos Aires: Editorial Tiempo Contemporáneo.
- Zabudovsky, G. (2007). *Norbert Elías: Los Problemas Actuales de la Sociología*. México, FCE.
- _____ (2011). *Los Procesos de Individualización y la Juventud Contemporánea*. Subje/Civitas, 7. Consultado el [07-05-2018] en <http://www.subjecivitas.com.mx/num7/zabudovsky-procesos-individualizacion.pdf>
- INEGI
http://internet.contenidos.inegi.org.mx/contenidos/Productos/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/metodologias/est/702825000359.pdf
- Roitman, Susana. "La Sociología ¿es un deporte de combate?" *Sociales Investiga* [En línea], Volumen 4 Número 4 (3 abril 2018) <https://youtu.be/xkkDSSRYpWw>
- <http://www.conacytprensa.mx/index.php/ciencia/salud/20734-autopsias-psicologicas-entender-suicidio>